


CHRISTO
ET
VE RI
TAS
ECCLESIAE



RICARDO SEPULVEDA

LAS BOTAS

CUADROS FESTIVOS DE COSTUMBRES

(Contestacion á *Las Llaves* de Teodoro Guerrero)

CONTIENE

SEGUNDA EDICION

8 REALES EN MADRID. — 10 EN PROVINCIAS

MADRID
LIBRERÍA DE M. MURILLO
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 18
1877

LAS BOTAS.

OBRAS DEL AUTOR.

*NOTAS GRAVES Y NOTAS AGUDAS (poesías).
LLUVIA MENUDA (id).
*LAS CUENTAS DE MI ROSARIO (novela).
EN EL SITIO (id).
*LA MUJER DE USTED (id).
LAS BOTAS (cuadros de costumbres.—2.ª edicion).
*DE DOCE Á UNA (tipos y costumbres).
PLEITO DEL MATRIMONIO, entre T. Guerrero y R. Sepúlveda, y varios distinguidos poetas.—3.ª edicion.
ESTUDIO COMPARADO DE LOS EFECTOS CIVILES DEL MATRIMONIO (folleto).
*CUPIDO CONTRA ESCULAPIO (zarzuela), en colaboracion con R. Moly de Baños.
*POR VESTIR DE UNIFORME (juguete cómico), idem con Gerardo Blanco.
*LA PERRA DE MI MUJER (juguete cómico).
SALUDO Á LAS DAMAS (monólogo).
AL PÚBLICO DEL ESCORIAL (idem).

EN PREPARACION.

MADRID AL VUELO (excursiones literarias por el Madrid antiguo y moderno).
CRÓQUIS Y BOCETOS (artículos de costumbres).
POESÍAS (tercera edicion de lujo, considerablemente aumentada).

Las obras marcadas con * están agotadas.

LAS BOTAS

CUADROS FESTIVOS DE COSTUMBRES

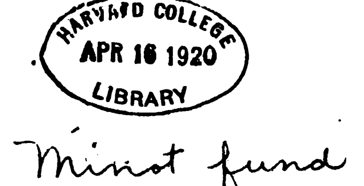
POR

RICARDO SEPÚLVEDA

(Contestacion á *Las Llaves* de Teodoro Guerrero.)

SEGUNDA EDICION

MADRID
LIBRERÍA DE M. MURILLO
CALLE DE ALCALÁ, NÚM. 18
1877



MADRID. — IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.



En Madrid á 15 de Febrero de 1877, ante mí D. Ricardo Fortanet, dueño del establecimiento tipográfico que lleva mi nombre, con vecindad y residencia fija en esta capital, comparecen;

DE UNA PARTE:

D. Mariano Murillo, editor, y propietario de la librería sita en la calle de Alcalá, núm. 18, *habiéndose exhibido él en lugar de su cédula personal:*

Y DE OTRA PARTE:

D. Ricardo Sepúlveda, autor del libro LAS BOTAS, *mayor de edad (pero de esto hace poco tiempo), etc.*

Y de comun acuerdo declaran:

Que habiéndose agotado la primera edicion del libro arriba mencionado, gracias á las excelentes condiciones tipográficas de la misma y á la no ménos excelente administracion de Murillo, y deseando hacer una SEGUNDA *para corresponder al favor del público, acuden á mí en demanda de este trabajo, á lo que doy mi completa conformidad, procediendo desde luégo á realizar mi compromiso.*

Y para que conste, á los efectos oportunos, firmamos la presente en esta villa y Corte á 15 *del mes de Febrero de* 1877.

RICARDO SEPÚLVEDA.

V.° B.°
MARIANO MURILLO.

Conforme:
RICARDO FORTANET.



PREFACIO

DE LA PRIMERA EDICION.

CORRIA, pero no mucho, el mes de Enero del presente año.

La tertulia literaria que se formó, por algun tiempo, en casa de Cárlos Frontaura, habia quedado disuelta pocos dias ántes. Frontaura cedió su *Cascabel* á Julio Nombela, guardó sus originales para mejor ocasion y se fué á gobernar á los salamanquinos, con gran contentamiento de aquellos viejos castellanos, en cuya provincia continúa persiguiendo langostas. Antonio de Trueba dispuso un viaje á Bilbao, donde permanece; Juan Perez de Guzman se encastilló en la calle de la Libertad, y allí sigue siendo el *escritor de La Época;* Luis Raceti se quitó la barba prusiana que lucia, y no hemos vuelto á verle el pelo; Manuel Juan Diana, que es moro de paz, pasa el dia en el Ministerio de la Guerra; Manuel Ossorio y Bernard redacta la *Gaceta*

de Madrid para irse acostumbrando al estilo oficial, y Teodoro Guerrero, lleno de júbilo desde que obtuvo su jubilacion, escribe libros amenos con cubiertas azules.

En cuanto á mí, el último concurrente á la tertulia, paso mis dias trabajando en asuntos mercantiles y *aliquando* literarios, y por mal de mis pecados, termino hoy este libro para el que deseo largos años de vida y próspera fortuna, que es lo ménos que puede desear un padre para su hijo.

Pero tambien mi libro tiene su historia correspondiente, y juzgo oportuno que el benévolo lector la conozca, ántes de examinar los varios pares de botinas que le ofrezco.

Mi amigo Guerrero, como todo el mundo sabe, acababa de lanzar á la calle, dos meses ántes de quedar disuelta la tertulia cascabelera, un manojo de *Llaves* fotografiadas en las páginas de un libro. La idea de la obra fué explicar la vida humana, con sus vicios y virtudes, sus rasgos y caractéres, sus defectos y sus gazapos, y todo compendiado en docena y media de *Llaves*, que Teodoro guardaba en un cajon de su mesa.

Pues bien; ocurrióle á uno de los amigos presentes en la tertulia, que el asunto de su obra daba márgen para escribir otra en estilo humorístico, tratando la misma cuestion; que se habia de titular *Las Botas*, y que habia de ser yo el encargado de realizar la idea con todo el aparato exigido por su argumento.—Un editor nos acompañaba aquella noche y se entusiasmó con la idea.

—Nada, no hablemos más, me dijo, es cosa hecha. Puede usted escribir el libro en un mes, y yo le aseguro que venderá cuantas ediciones quiera.

—Pero reparen ustedes que el título es algo comprometido, les contesté; tengan en cuenta que eso de escribir un libro sobre *Las Botas* es bastante anti-literario, y además estoy sobradamente ocupado para poder salir airoso del compromiso.

—No se admiten excusas, dijeron á coro los demás compañeros.

—Mañana mismo anuncio el título en los periódicos, añadió Frontaura.

Y efectivamente, al siguiente dia leí en *La Correspondencia* que un escritor festivo (esto lo debió decir porque escribo los dias de fiesta) estaba preparando un libro titulado *Las Botas*... etc., etc.

Pasaron algunos dias. No volví á ver á mis amigos en algun tiempo, pero no por esto cejaron en su propósito. Un mes más tarde encontré otro suelto, que redactó Julio Nombela, para *La Correspondencia de la mañana*, en el cual rasgaba el velo del misterio, anunciando á los españoles que el autor de esa humorada era *nada ménos* que el que ahora os dirige la palabra.

Este ya era un compromiso para mí; compromiso formal, que fué tomando proporciones alarmantes, porque la noticia corrió por varios periódicos.

No obstante, llegó el mes de Junio y aún no habia yo encontrado hora buena para acometer tal empresa. El

editor volvió á recordar al público lo que yo queria olvidar.

Salí este verano á dar una vuelta por varios puntos de España, acordándome del libro, que permanecia en estado de crisálida, cada vez que me ponia las botas para vestirme.

Pero la sombra del editor me perseguia incesante.

Estando una tarde en Zaragoza, departiendo con mi amigo Zopetti, antiguo compañero de colegio y dueño hoy de la acreditada fonda de Europa, recibí el siguiente telegrama:

«Haga botas inmediatamente.—Anunciadas de nuevo. —Queda mal si no están pronto.—*Manuel.*»

—Hombre, me dijo Zopetti, ¿te has metido á zapatero?

—Sí, amigo mio; pero te advierto que son unas botas en verso, que tengo ofrecidas al público en general y al editor en particular.

—¿Y por qué no las escribes...?

—Porque es un libro comprometido. Va á creer la gente que se trata de un *Manual del zapatero.*

—No importa; puedes hacer un trabajo de *obra prima,* y desde luégo te exijo que me envíes ejemplares en cuanto lo publiques.

—¿Estás seguro de vender alguno en la fonda?

—Lo ménos doscientos de un golpe... Escribe ese libro, porque, aunque no le des importancia, siempre te servirá de recomendacion si alguna vez vas á visitar á Pedro *Botero*...

Aquel dia me encerré en mi cuarto y escribí un capítulo.

Despues continuó la lluvia de sueltos. En cada periódico que recibia de Madrid, se anunciaba que entónces iba de veras, y que durante el verano quedaria terminado el libro.

El editor me escribia diariamente, diciéndome que ya tenía segura la colocacion de quinientos tomos.

Sin embargo, el libro continuaba en incubacion, porque naturalmente habia de estar sujeto á las alternativas de los numerosos viajes que me habia propuesto hacer.

Pasé unos dias en una ermita, colgada, á manera de nido de águilas, en la cima del Moncayo. Allí, paseando algunas tardes con el ilustre literato aragonés D. Jerónimo Borao, le dí á conocer el delito que estaba proyectando, y me alentó á perpetrarlo.

En junto; otro capítulo salió de mi pluma en aquellas alturas prodigiosas, por lo cual nadie podrá negar que ese capítulo está escrito con *cierta elevacion.*

En Tarazona dibujé el tercero; en Borja el cuarto; en Tudela el quinto; á bordo de un barco, en el que crucé el Ebro, me ocurrió el sexto, y ya no volví á escribir en algunos dias.

Dirigí el rumbo más tarde á San Sebastian, San Juan de Luz, Biarritz, Bayona y Burdeos, saliendo á capítulo por pueblo.

Me detuve á la vuelta en Bilbao, Salamanca, Santander, Valladolid, Búrgos, Ávila y el Escorial, escribiendo

tambien un par de... botas, no de capítulos, en cada una de esas localidades, hasta que hace ocho dias regresé á la Corte, y aquí, obligado ya por las circunstancias, he dado fin y término á estas cuartillas, que dentro de poco saldrán coleccionadas á buscarse la vida por esos mundos.

En resúmen: he recorrido 4325 kilómetros, y he escrito el libro del modo más pintoresco: en una fonda, en un barco, en un wagon, en una celda, en país extranjero, encima de un peñasco, en un banco de piedra, en una silla, al pié de un árbol, y, por último, con tinta y con lápiz, y en papel blanco y amarillo ó del color que lo hallaba á mano.

Hace pocos dias han vuelto *La Época* y *La Política* á hablar de *Las Botas;* en varias librerías me han preguntado por ellas, diciendo que algunos parroquianos las esperan.

Ya no hay otro remedio, y allá van...!

Libro de compromiso y sin pretensiones, espero que no tenga mala acogida, aunque, dado el título, ya verán ustedes cómo algun aprendiz de literato ó algun *amigo* de los que sacrifican la amistad por hacer un chiste, dicen, sin leer la obra: «*Las Botas* es un libro que está escrito *con los piés*.»

Y se quedarán tan satisfechos.

Y yo tambien...!

RICARDO SEPÚLVEDA.

Madrid 30 de Setiembre de 1876.



INTRODUCCION.

Á TEODORO GUERRERO

I.

Te ví á principios del año
convertido en cerrajero,
y me ocurrió, y no lo extraño,
convertirme en zapatero.
Con llaves quisiste hacer
un libro, como tú sabes,
y me causó gran placer
tu libro sobre *Las Llaves*.
Hay en él observacion,
ingenio, profundidad,

y luego está escrito con
mucha originalidad;
pero con él te has propuesto
estudiar la vida humana,
y no transijo con esto
porque... no me da la gana.
Pretender con *llaves* de
un sér humano tratar
desde que nace hasta que
se lo llevan á enterrar,
es empresa aventurada
que sólo han acometido,
y cuya idea arriesgada
á tu modo has conseguido.
Ya te lo dije en seguida:
«no se cruza, y bien lo notas,
»el camino de la vida
»con llaves, sino con botas.»
Anda el hombre sin cesar,
de la cuna al cementerio,
gastando un par y otro par
de botas ¡*ecco* el misterio!
Por esto, yo que adoro,
en este librito trato

de que te encuentres, Teodoro,
con *la horma de tu zapato.*
Perezoso y remolon
estuve para escribir
Las Botas, tienes razon
en cuanto quieras decir;
pero hoy principio de lleno,
y observa, ya que alborotas,
que cualquiera tiempo es bueno
para *ponerse las botas*.

II.

Tú dirás lo que quieras,
dejando á tu lectora convencida;
pero ya que pretendes *bajo llave*
aprisionar la vida,
te voy á demostrar, si no te alteras,
otro problema grave,
más difícil tal vez, ménos lucido,
por lo que estoy temiendo una derrota:

la vida es una *llave*, has defendido;
yo voy á demostrar que es una *bota*.
En efecto, Guerrero,
desde que nace el hombre, á pesar suyo,
condenado á cruzar este sendero,
tan mio como tuyo,
¿qué hace su señoría
para ganar el pan de cada dia?
Andar como un gallego,
sosteniendo la cuba del trabajo,
sin tener un minuto de sosiego;
á la muerte correr desde que nace,
romper botas sin tregua y á destajo,
y *requiescat in pace*.
Todo es andar y andar; por consiguiente,
calzado ha de marchar, como es preciso,
segun sea de pobre ó de pudiente,
y segun sea el piso.
Ya ves, pues, que unas botas dan la norma
de los varios estados
de la existencia humana,
porque es distinta y especial su forma
si son los que las llevan potentados,
ó más pobres y humildes que una rana.

Te revelan la vida por completo;
te distinguen el sexo, los oficios,
las carreras, las farsas, el respeto,
las clases y los vicios.
Son el sueño dorado de la infancia;
el ladron del honor de las modistas,
cuando, en primera instancia,
no consiguen su amor los petardistas.
Las usan las señoras,
los niños, los cocheros más tratables,
las clases productoras,
el Rey y sus Ministros responsables;
el cesante afligido,
los tramposos, las cursis, los horteras,
el soltero, el marido,
y las viudas, casadas y solteras.
En conclusion, las usa *todo el mundo*,
y al decir esta frase afrancesada,
—porque en ella me fundo
y en el natal idioma está admitida—,
una prueba te doy más acabada:
todo el mundo, es decir, *toda la vida*;
y si piensas en este galicismo,
observarás que el niño y el anciano

usan botas tambien, porque es lo cierto
que, de la vida el insondable arcano,
se empieza á resolver desde la cuna,
y destrozando botas, una á una,
aún lleva el hombre un par, despues de muerto!

III.

Porque los piés, ¡ah! los piés...!:
vas á permitirme un rato
hacerte la apología
de esos fuertes sustentáculos,
en que descansan los cuerpos
y las almas que llevamos.
Observa cómo en la vida
todo está relacionado
con los piés, que son la base
principal de nuestros actos;
el sosten de los arbustos,
el cimiento de un palacio,
medida de algunos sólidos,

y áun de líquidos y áridos.
¿Cómo darian sin ellos
los niños el primer paso?
¿Cómo irian á la escuela,
y luégo á jugar al Prado?
¿Cómo escribirian libros
más de siete literatos?
¿Cómo irias á las aulas,
siendo estudiante aplicado?
¿Cómo podrias tomar
un coche, ó ir al teatro,
ó á los toros, ó á casarte,
ó á enterrar á tu cuñado?
¿Cómo irias á la Bolsa,
y á misa, si eres cristiano,
y á la oficina en invierno,
y en el estío á los baños?
Interminable sería
si fuera citando casos;
pero ya ves que sin piés
no hay nada bueno ni malo.
No obstante, para que más
comprendas que estás errado,
si áun defendieras tu tésis

contra la tésis que planto,
te haré notar los papeles
que hacen los piés, sin descanso,
en los actos materiales
y en otra clase de actos.
Hay *pié de altar*, que es lo mismo
que decir que hay para el gasto;
de gato en las escopetas,
y *de imprenta* en los diarios.
Cuando álguien nos falta, un
pié de paliza le damos,
porque ántes con sus palabras
le buscó *tres piés al gato.*
Se *dá pié* para una cosa,
para el verso *piés forzados*,
y existen *piés geométricos*,
y *derechos* y *quebrados.*
Y cuando á alguna señora
nos encontramos al paso,
si «*á los piés de usted*» decimos,
plaza de finos pasamos.
Al *pié de la reja* charlas
con tu tormento adorado,
y si quieres estar fresco,

buscas sombra al *pié* de un árbol.
Se dice que *cae de piés*,
aunque cáiga de muy alto,
todo el que tiene fortuna
ó libra de un embuchado.
Andamos con *piés de plomo*
en asuntos arriesgados,
haciendo *al pié de la letra*
lo que más bueno juzgamos.
Pone *piés en polvorosa*
quien ve un peligro cercano,
y está con *un pié en el aire*
hasta que el riesgo ha pasado.
Se ponen *piés en pared*
siempre que nos obstinamos
en defender una idea;
y sacan los *piés del plato*
y los *piés de las alforjas*,
los que se van avispando.
Mira á los *piés* el humilde;
dá con el pié el mal criado,
y, si insulta á álguien, le pone
á *los piés de los caballos*.
Nos *pega los piés* el miedo;

y el enfermo desahuciado,
con *un pié en la sepultura*
está la muerte aguardando.
Se aconseja á los toreros
que tengan los *piés parados;*
tiene *muchos piés* el que
va ligero como el rayo;
no puede *tenerse en pié*
el enfermo ó el cansado;
nacen de pié los dichosos,
y suelen pisar en falso,
ó dar *traspiés*, los que marchan
sin luz ó preocupados.
Se *nos van los piés* á veces
y sin poder remediarlo,
y aquel que domina á alguno,
del *pié* le tiene *debajo.*
En fin, cuando uno se muere,
(salida de *pié de banco*,
que nos sorprende, tal vez,
cuando ménos la esperamos),
entre *siete piés de tierra*
nuestro cuerpo halla descanso.
Con que, díme, si te atreves

á negar lo que he probado,
si es cierto ó nó que los piés,
de la vida en el teatro,
juegan el más importante
papel, y de los más largos.

IV.

Pues bien, amigo mio, si comprendes
que es una gran verdad,
que *los piés* representan en la vida
un papel principal:
importante tambien será, sin duda,
el difícil papel,
que, para aprisionar los piés humanos,
las botas han de hacer.
Pero áun pretendo más, pues me propongo
poner en parangon
las llaves y las botas, porque veas
la importancia mayor

que tienen sobre aquéllas las segundas
(botas, quiero decir),
que están consideradas y admitidas
aquí, y allá... y allí...
Escucha, pues, las cosas que se dicen
en tranquila actitud,
las llaves y las botas, ahora en danza,
porque lo quieres tú.

—

LA LLAVE. Pues tengo *guardas*, es claro
que sirvo para guardar.
LA BOTA. No guardas bien, y reparo
que estás sola, y yo soy *par*.
LA LLAVE. No te envanezcas por eso;
yo sé guardar un tesoro.
LA BOTA. Áun cuando fuera el de Creso,
sin mí, ¿de qué sirve el oro?
LA LLAVE. Del mortal, la vida entera
explico.
LA BOTA. ¿Y mi explicacion?
Al verme, sabe cualquiera
el sexo y la profesion.

LA LLAVE. Yo cuido la honra preciada.
LA BOTA. No sigas, que me sonrojo;
tú no sabes cuidar nada
en cuanto *cierras el ojo.*
LA LLAVE. Yo cierro el arca, el ropero,
el oratorio, el bufete.
LA BOTA. Deja ese tono altanero;
tambien cierras el retrete.
LA LLAVE. Si me aplican á un reló,
marco el tiempo sin cesar.
LA BOTA. Más hago yo, porque yo
hago al hombre caminar.
LA LLAVE. Me llevan siempre (lo sabes)
guardada.
LA BOTA. Pero ya notas
que pueden salir sin llaves,
y que no salen sin botas.
En fin, te cansas en vano,
porque yo nunca he sabido
ir contra el género humano,
como á tí te ha sucedido.
Porque es preciso que adviertas
lo muy poco que te honra,
servir para abrir las puertas

por donde entra la deshonra.
Por afan de figurar
eres llave de fusil,
y te divierte matar
á los hombres mil á mil.
Haces cosas horrorosas;
yo en cambio (no te acalores)
no sirvo para esas cosas,
sino para otras mejores.
Jamás á nadie he matado,
porque yo matar no sé;
y todo lo más que he dado
ha sido algun puntapié.
Dí, en cambio, si no prefieres
tener como yo otros fines,
y los piés de las mujeres
acariciar, chiquitines;
y si es la mujer bonita,
moverlos así... al descuido,
para asomar la puntita
por debajo del vestido.

La llave. Pues aunque me llames terca,
tengo mejor calidad.

La bota. Pero, hija, si eres tan puerca.

LA LLAVE. ¡Cómo puerca...!
LA BOTA. Es la verdad;
á mí me *limpian*, y á tí
hasta dejan que te oxides;
hay limpia-botas por mí...
LA LLAVE. Ya lo sé. Adios.
LA BOTA. Que te cuides.

—

Me figuro, Guerrero,
que, despues de escuchar tan lindas cosas,
habrás ya concedido, aunque te pese,
el premio al vencedor, digo, á *las botas;*
que sobre ser más buenas y sencillas,
no son nunca traidoras,
ni protegen proyectos criminales,
como esas *llaves*, que en tu libro elogias.
Si alguna vez, á su pesar, un hombre
las lleva á cometer accion odiosa,
van con él á remolque, y como puedan
suelen quedarse rotas;
despues de que al mortal que las llevaba
le hacen ver las estrellas de la Osa.

Son siempre agradecidas;
van contigo, aunque corras;
dan calor á tus piés constantemente,
é impiden que te hieras en las rocas.
Te sirven cuanto pueden,
aunque gasten su suela ó se descosan;
si alguna vez *se rien*,
no es que de tí se mofan;
es que ya reconocen las cuitadas
que no están para bromas.
Con que ya ves; bajo cualquier aspecto
que en parangon las pongas,
no *le llega á la suela del zapato*
una *llave* á una *bota*.

V.

Y ya que para el camino
estoy *con las botas puestas*,
ántes de empezar la ruta,
he de hacerte una advertencia.

Al hablar de botas, hablo,
ó hablaré, si conviniera,
de *coturnos* y *sandalias;*
de *botas* y de *chinelas;*
de *zapatillas* y *calzas;*
de *tapas* y *medias suelas;*
de *zapatos con hebilla*,
propios de curas de aldea;
de *abarcas*, *botines*, *zuecos*,
y de *zapatos* con reja,
es decir, los escotados
que usan las pollas flamencas;
de *sandalias* y *chapines*,
alpargatas y *etcetêra*,
porque en el nombre genérico
de las botas, será fuerza
comprender todas las clases
de *calzado*. Ténlo en cuenta.
Así, pues, vamos por partes,
y escucha bien la reseña
de los diversos capítulos,
que tendrá la obrita esta.
Primero: Historia, á mi modo,
de las botas, como pueda.

Segundo. Las que se ponen
al niño, *botas pequeñas*;
la familia, los chiquillos,
y el novio de las niñeras.
Tercero. *Las de montar;*
la autoridad y la fuerza,
la guardia civil, el sable,
los motines y las guerras.
Cuarto. *La bota imperial*,
esto es, suripanta en puerta;
cuadro de ciertas costumbres
dichas... de cierta manera.
Quinto. *La bota de vino*;
la navaja, la taberna,
el juego, el vicio, el patíbulo,
las huelgas y otras lindezas.
Número sexto. *Las botas*
de la elegante marquesa;
las reinas de los salones,
del buen tono y de la mesa.
Siete. Las de las modistas;
la honradez en muchas de ellas,
bailes y amor callejero,
con todas sus consecuencias.

Octavo. Las del cesante;
la política y sus tretas,
las viudas de buena estampa
que piden muchas audiencias.
Noveno. Las de charol,
esto es, el lujo de pega;
los petardistas, las farsas,
ó mejor las apariencias.
Décimo. Las zapatillas,
ó bien, la vida doméstica;
los maridos dominados
y los novios y las suegras.
Once. Zapatos de cura;
la religion y la iglesia,
la moral y los ejemplos
y otras varias menudencias.
Número doce. Los zuecos
del aguador; la paciencia,
los serenos, los simones
y otros gallegos... de cuerda.
Trece. Los tacones altos;
la presuncion, las solteras.
Catorce. Las botas de
la devota, ó de la nea,

que peca sin saber cómo,
y á menudo se confiesa.
Décimo quinto. Las botas
de la manola que queda,
es decir, las de la chula,
que ha sustituido á aquella.
Diez y seis. Las botas rotas;
los ingleses, la bohemia.
Número décimo sétimo.
El grillete; los que llevan
ese *criminal* calzado
y los que usarlo debieran.
Décimo octavo. El zapato
de los toreros; la fiesta
más popular en España
y las cosas que se empeñán.
Número décimo nono.
Los chanclos; nieves, tormentas,
los bajos de las mujeres
que quieren lucir las piernas.
Capítulo veinte. Las
alpargatas, y las eras;
los labradores modernos
y la paz de las aldeas.

Veintiuno. El último par
que usa un cadaver; la ciencia,
el luto, el doctor Garrido,
el cementerio, la huesa.
Veintidós. Dos pinceladas
para pintar la miseria;
los pobres niños descalzos
que hallamos en las aceras.
Capítulo veinte y tres.
Mis botas, botas muy buenas.
Veinticuatro. Malos pasos;
aventuras de un tronera.
Veinticinco. Relaciones
de los piés y la cabeza.
Veintiseis. Una letrilla,
y este será el fin de fiesta.

—

Con que ahora pára los piés
y escucha bien, que se empieza.



CAPÍTULO PRIMERO.

HISTORIA DE LAS BOTAS.

(Desde la creacion del mundo hasta nuestros dias.)

Era á principio del mundo,
cuando éste era chiquitin,
y andaban los animales
sueltos de aquí para allí.
No habia en el Paraíso
nada, ni un mal cafetin,
donde Adan y Eva pudieran
tomar café, rom ó anís.
No habia coches, ni casas,
y tenian que dormir
al aire libre, que entónces
era más libre que Prim.

Como es natural, Adan
no se podia vestir,
y se presentaba á Eva
en cueros, como un rocin,
las manos en los bolsillos,
y lentes en la nariz.
Eva tambien le imitaba,
porque no habia *poplín*,
y al casarse no llevó
más *trousseau* que una perdiz.
En cambio no se cortaban
el pelo, y justo es decir
que allí echaron muy *buen pelo*,
y que, vistos de perfil,
parecian los arbustos
más notables del jardin.
Pues bien; como no tenía
Adan ni un maravedí,
y estaba el piso muy malo,
cuando se querian ir
á dar una vueltecita
ó á cazar un puerco-espín,
se destrozaban los piés,
clavándose más de mil

guijarros, que acribillaban
á la pareja feliz.
—Caramba, decia Adan,
no puedo vivir así;
como no nos den zapatos,
nos vamos á despedir;
porque esto será muy bueno,
pero ya estoy hasta aquí...
—Gastemos hojas de higuera
(Eva solia añadir);
pero Adan le contestaba:
—Chica, no seas cerril;
¿nos vamos á empapelar
con esas hojitas... dí?
—Yo, por tu bien te lo digo.
—Lo que hay que hacer es pedir
que nos den botas, ó calzas,
y algo de Guardia civil,
pues si quisieran robarnos,
no lo podria impedir.
Meditemos...
—¡Si tuvieras
el talento que hay en mí...!
—¡Si aquí no tenemos nada!

Mira, tú te puedes ir,
porque yo estoy destrozado;
tráete un lobo y un pernil,
un mono que sea tierno,
un buitre, una codorniz,
y lo guisaremos todo,
como ayer, con perejil;
y... mira, tápate un poco,
porque no vas bien así.—
Aquel dia, al volver Eva,
como era moza de *chic*,
le dijo á Adan:—Ya he hallado
el modo de andar aquí
sin clavarnos los guijarros.
—Pues ¿qué traes?
—Este adoquin:
se hace un hoyo en este sitio,
se mete el pié, y á vivir.
Despues le atamos con cuerdas...
¿No te parece bien?
—Sí.
Sólo que eso va á pesar.
—¡Quiá!
—Como el ferro-carril;

y si alguna vez corremos,
nos vamos á divertir;
pero si no hay otra cosa...
—Eso digo yo, monin...
—Hola, qué fino está el tiempo:
ya me he resfriado... *¡achist!* —
Desde entónces los esposos,
con tan lindo borceguí,
pudieron por todas partes
su cuerpo y gracia lucir.
Más adelante, sus hijos,
cuando se cerró el jardin
del Paraíso, se fueron
por ahí á verlas venir;
y, es claro, como cruzaron
del uno al otro confin
del globo, ya no pudieron
con tale *botas* seguir.
Se fueron civilizando
poco á poco, hasta que al fin
un anciano inventó el *zueco*,
que era más ligero, y
con el cual, metiendo ruido,
se dieron cierto barniz.

Vino despues el *coturno*,
alpargata ó cosa así,
que usaron los griegos ricos,
y bastante galopin,
y las griegas y romanas...,
y aún se estila en Alcañíz.
Tambien nació la *sandalia*,
que mucho gustaba allí,
y cuando el hombre empezó
á ser ménos incivil,
y se inventaron las medias
y el sencillo calcetin,
tomó diferentes formas
el calzado, y desde aquí
principiaron las *abarcas*,
las *botas*, el *escarpin*,
los *botines*, las *babuchas*
del imperio marroquí,
las *botas de gran campana*,
las *chinelas*, el *chapin*,
y las demás variaciones
conocidas en Madrid,
donde tambien han llegado,
segun anoche leí,

unas botas sin elásticos,
importadas de Berlin,
con *hebilla á lo Bismarck*,
que es quien aprieta al país,
como hasta ahora los elásticos
servian para oprimir.

—

Esta es la historia sucinta,
que á mi manera inquirí
del calzado en general,
para poderla escribir.—
Algo más decir pudiera,
que me contó D. Babil
(un amigo), pero juzgo
que más no debo decir.
Sólo, en prueba de que vale
la *bota* más que el *llavin*,
diré que á cierta *chinela*
y á su figura gentil,
debió el ser la *Ceneréntola*
tan rica como Rostchild.
Además, nadie se pone

de rodillas ante mí,
ni siquiera ante el Monarca,
áun cuando éste fuera el Cid,
y ver de rodillas siempre
logra cualquier zascandil,
al que le limpia las botas
aquí y en Valladolid.

—

Ahora bien: si el hombre sigue
aguzando su magin
para que sirva el calzado
de todo lo más servil;
si hoy existe para calle,
paseo, para subir
á las montañas más altas,
para zambras de candil,
para vestir de etiqueta,
para tentar y dormir;
no extrañaré que algun dia
se hagan botas hasta allí,
para ir á poner un parte,
para comer un *rosbick*,

para pronunciar discursos,
cruzar el Guadalquivir,
tener dinero, y tambien
para nacer con fajin;
para reirse de alguno,
para ir á ver á Rubí,
para engordar, descasarse,
escribir, comer *sandwists*,
para robar sin dolor,
para comprar un mastin,
para afeitarse durmiendo,
y para jugar al *whist*.

—

Lector, si esto aconteciera,
ya lo verás por ahí.



CAPÍTULO II.

EL PRIMER PAR.

La escena es en una calle;
pasa gente y paso yo:
me ocurre mirar á un piso;
veo una bota al balcon;
son las diez de la mañana
y no se siente calor.
¿Qué dia es hoy? Ya me acuerdo;
seis de Enero. Entónces hoy
es dia de Reyes. Justo;
no lo olvido, no señor.
En tal dia yo tambien,
cuando era un ángel de Dios,

es decir, cuando tenía
pocos años, con fervor
les suplicaba á los Reyes,
con sincera devocion,
que me echaran en la bota
un caballo ó un reloj.
Esa bota me recuerda
tan piadosa tradicion,
y me dice: «en esa casa
hay un *bebé*, acaso dos,
que, al empezar de la vida
la ruta siempre veloz,
duermen hoy, mientras sus frentes,
en donde brilla el candor,
guardan el primer deseo
y la primer ilusion.»
Entremos, pues, en la casa
sin hacer ruido, lector.
Fíjate, es un matrimonio
que en un sér á dos fundió;
son jóvenes, son felices
con los hijos de su amor,
que duermen en una cuna,
bajo el amparo de Dios.

El uno tiene cuatro años,
es gracioso y jugueton;
el otro tres, y es tambien
travieso como el mayor.
¡Con qué alegría infinita
y cariñosa emocion,
escucha la madre el eco
de aquella angélica voz,
y les aplaude las gracias,
y besa con efusion
sus inocentes mejillas;
con qué impaciencia esperó
el instante de comprar
botitas para los dos,
y cuando á los niños vieron,
de sus padres en redor,
dar el primer paso y luégo
correr por la habitacion,
con qué gusto los seguian
de la sala al comedor,
y les compraban juguetes
en el almacen de Scropp!
Y es porque de la familia,
que el amor puro formó,

los hijos que Dios concede
son el encanto mejor.

—

Ved, pues, cómo esas botitas
del tamaño de una pera,
á voz en grito nos dicen
que ha empezado una existencia,
que hay goces en la familia
y venturas en la tierra.
Pero áun dicen más las botas,
sobre todo las primeras,
porque la bota de un niño
significa ó representa,
lectores, que ha de vivir
en el mundo aunque no quiera,
puesto que al nacer venimos
á cumplir una condena;
que tiene que echar los dientes,
los colmillos y las muelas;
que ha de mamar veinte meses,
que ha de llorar cuanto pueda,

que ha de ir creciendo y creciendo
cual suele crecer la yerba;
que ha de aplastar los juguetes,
y caerse de una mesa,
y romperse las narices,
ó romperse la cabeza;
que ha de tener sarampion,
y escarlatina y viruelas,
y que ha de querer montarse
en la espalda de su abuela;
que hablará con las visitas
todo cuanto no convenga,
diciéndoles lo que sienten,
ó lo que sus padres piensan;
que ha de sacarles los ojos
á la gata ó á la perra,
y si está con un extraño
romperle al reloj la cuerda;
que ha de aprender la cartilla,
y otras cosas en la escuela,
y decir luégo á sus padres
que tres y dos son cuarenta;
que se ha de ver entregado
poco ó mucho á la niñera,

que le pegará una zurra,
si algun dia en casa cuenta
que hablaba con un sargento
del batallon de la Reina;
que más tarde ha de querer
afeitarse con tijeras,
y hacer sudar á sus padres
para darle una carrera;
que entrará en quinta en España
una vez... ó una docena;
que fumará en el retrete
pillando una borrachera;
que despues de mil tropiezos
le darán una muceta
de médico ó de abogado;
ó será cura ú hortera,
ó militar, ó ingeniero
si le gusta la aritmética;
que si no es aprovechado,
ó su padre tiene rentas,
será un vago y un perdido
que estudiará en la ruleta;
que se *meterá* á escritor.
y hará versos, ó hará berzas,

para cantar á la luna,
al céfiro, á las estrellas,
y decir de las mujeres
cuanto le venga á la lengua;
que tambien hará política,
—y si es español, por fuerza;—
se hará *rojo* por instinto
y por deber de conciencia;
y combatirá las clases,
y predicará las huelgas;
que despues, cuando haya dicho
unas cuantas frases huecas,
y tenga cierto renombre
en los clubs y las plazuelas,
si llega á ser diputado,
(—y de seguro que llega—)
hablará gordo en las Córtes
y pescará una cartera,
y se hará reaccionario,
entonando el *culpa mea*,
despues de haber conseguido
gobernar un mes la Hacienda;
que luégo se irá á su casa,
será un jefe de pelea,

conspirará en el invierno,
en la Bolsa ó en la Perla;
irá en verano á Biarritz,
y, si acaso le destierran,
el pan de la emigracion
se estará comiendo en Viena,
que es donde el pan de esa clase
es el mejor de la tierra;
que al cabo tendrá un berrinche,
ó una enfermedad funesta,
y con todo su dinero
se morirá con la fresca,
y, como sucede siempre,
al que se muere... le entierran.

—

Todo esto y bastante más
suele ocurrirse á cualquiera,
si al ver las botas de un niño
reflexionando se queda.



CAPÍTULO III.

LAS BOTAS DE MONTAR.

Cambia la decoracion:
la escena en cualquier ciudad;
la accion del cuadro en España,
que es la que se presta más.
Allí viene un batallon,
y aparecen, sin cesar,
en la plaza de la villa,
que es el sitio principal,
cuerpos de todas las armas,
y armas de remota edad.
Llega montado á caballo
el capitan general,
con su escolta de oficiales,

tambien montados detrás,
y todos guardan las piernas
con las botas de montar.
—Será alguna formacion,
el buen lector pensará;
mas por desgracia, no es eso
lo que vas á presenciar.
Es un motin, el motin
número mil ciento ya,
aunque respetamos el
principio de autoridad.
¿La causa? Cualquier partido
que no gobierna años há;
cualquier orador patriota,
que sabe al pueblo arrastrar;
cualquiera ambicion mezquina,
cualquier ódio personal,
y todo, para que mueran
en las calles un millar,
y se oculten los fautores
de la asonada, y en paz;
á ménos de que el Gobierno
los coja y los mande á Orán.

—

Otro cuadro: dos naciones
la guerra se han declarado
por un quítame esas pajas,
ó por divertirse un rato.
Van al campo de una parte
medio millon de soldados,
y casi próximamente
los mismos del otro lado.
Se encuentran los dos ejércitos,
mueren hombres y caballos,
corre la sangre á torrentes,
se escucha un fuego graneado,
y las tropas vencedoras,
aunque se queden en cuadro,
vuelven á entrar en su patria
aires alegres cantando,
porque han dado muerte á muchos
miles de miles de hermanos.
No he de encomiar el papel
principal que aquí han jugado
las botas de montar, hechas
justamente para el caso.
Y es que ahora el sable domina
como en los tiempos pasados,

y dominará en el mundo
mientras queden cuatro gatos.

—

Otro cuadro: una partida
numerosa de ladrones
anda secuestrando gente
y llevándola á los bosques.
Roban en pueblos y villas,
en despoblado, en los coches
del ferro-carril, saquean,
y en fin, se cuentan horrores.
La gente está consternada
y abandonadas las trojes,
y son blancos de sus tiros
los ricos como los pobres,
ocultándose de dia
y *ejerciendo* por la noche.
Pues bien; un dia se encuentran
estos desalmados hombres
con un grupo de la Guardia
civil, instituto noble,
perseguidor de bandidos,

y digno de alto renombre.
Luchan bandidos y guardias;
dicen blasfemias atroces
aquéllos, porque para esto
nadie como esos señores,
y unos mueren en la lucha,
y otros á indulto se acogen,
y van á Ceuta, si logran
que la vida les perdonen.
Tambien son aquí estas botas
la salvaguardia del órden,
el terror de los bandidos
de levita y de calzones;
guarda de las propiedades
y castigo de traidores.

—

Pues bien, lector, ya ves cómo
sin hacer grandes esfuerzos,
te han demostrado esas botas
el principal elemento,
que rige á las sociedades
desde los primeros tiempos.

Es decir, la autoridad,
la fuerza, el sable, el Gobierno,
que existen porque no quieren
ir aprendiendo los pueblos
á gobernarse á sí mismos
con el debido respeto.
Triste es decirlo, lectores,
pero más triste es hacerlo.
Mientras los hombres se empeñen
—y siempre se ha de ver esto—
en pensar en cómo quitan
al prójimo su dinero;
mientras seamos tan díscolos
y tan amigos de enredos,
olvidando los deberes
y ensalzando los derechos;
mientras pretendamos todos
entender de esto y de aquello
sin trabajar, y pensando
en vivir del presupuesto;
mientras sea la política
y el figurar, el pan nuestro...;
mientras no expliquen más claro
los filósofos modernos,

y exista un partido rojo,
y exista un partido neo,
y haya ambiciones y envidias,
y orgullosos y soberbios;
serán precisas las botas
de montar; porque ya vemos
que hay un motin cada dia,
guerras á cada momento,
ladrones por todas partes,
y tiempo vário y revuelto.
Y es lo malo que esta historia,
—que es universal por cierto—,
la hemos de ver continuada,
aunque pase mucho tiempo;
porque, aunque cambien collares,
serán iguales los perros.

CAPÍTULO IV.

LA BOTA IMPERIAL.

Nació entre las palmeras y limoneros;
vino á la córte un dia con una tia,
y conoció á un teniente de coraceros
desde aquel dia.
Cosia para fuera contra su gusto;
se miraba al espejo, se hallaba bella,
y maldecia, viendo tan lindo busto,
su negra estrella.
Era un lindo conjunto de perfecciones;
tenía ojos ardientes, cuerpo bonito,
y era su boca un nido de tentaciones
muy pequeñito.

Huérfana desde niña, fué descarriada,
aprendiendo la vida sin guía alguna,
y ella sólo queria verse mimada
de la fortuna.

Así es que aquel teniente, que era un gatera,
la regaló unas botas, pero imperiales...:
. . . .
y hoy tendrá... (por supuesto, sigue soltera)
treinta cabales.

*
* *

Esta es la triste historia de algunos séres,
que del vicio se lanzan al precipicio,
sin ver las consecuencias ¡pobres mujeres!
que trae el vicio.

Las botas imperiales saben acaso
hacer máyor el número de pecadoras,
pues con ellas las vemos á cada paso
y á todas horas.

Las usan las mujeres de airada vida:
tienen cierto atractivo que las encanta,
y con ellas ¡de fijo! queda vencida
la suripanta.

Aún diria más cosas de ese conjunto
de mujeres tan locas y vivarachas:
mas corramos un velo sobre este punto;
¡pobres muchachas!



CAPÍTULO V.

LA BOTA DE... VINO.

Aunque esta bota no es
como otras, lector, ya ves,
que no es su importancia poca;
no se llevará en los piés,
pero se lleva... á la boca.

—

Yo no sé por qué razon,
tal nombre le quiso dar
la general opinion;

¿será porque hace *botar?*...
Ignoro la explicacion.

—

No sirve para correr,
pero hace andar á su modo;
y no se pueden tener,
aquellos que beben todo
lo que puede contener.

—

Bota que dá fortaleza,
si se la besa con tino,
produce sueño y pereza
cuando se abusa del vino,
que se sube á la cabeza.

—

Por esto ver ha podido
quien la apura hasta las heces,
que anda, si mucho ha bebido,

no en dos piés, como es debido,
sino en cuatro muchas veces.

—

Ventaja es esta importante,
que sobre las otras tiene
la bota que está delante,
y que vivirá durante
este siglo y el que viene.

—

La usan distintas personas;
por ejemplo, las patronas
que tienen las fauces secas;
sirve para *coger monas*,
y hacer *eses* y hacer muecas.

—

De un pacato hace un valiente;
dá valor al pretendiente,
y al militar bizarría;

y tambien, segun la gente,
dá tristeza y dá alegría.

—

En fin, como ya verás,
se usa como la que más
esta *bota*, y me parece,
lector, que un puesto merece
entre todas las demás.

*
* *

Camino de la Plaza,
junto á las Ventas,
se suele los domingos
armar la gresca,
cuando allí come
la flamenca y lucida
gente del bronce.

—

—Baila un poco, Maruja,
mientras yo canto,
y enseña esos pinreles,
que los veamos:
anda, salero,
vales tres perros grandes
y dos pequeños.

—

No te amoines, chato,
trae la guitarra,
y acércame la bota
para hacer gárgaras.
Vaya una copla,
y vayan á paseo
las penas todas.

—

(Cantando.) Una tarde á las Ventas
vine contigo,
y estoy desde aquel dia
descolorido.

¡Ay, Marujilla!
yo no sé lo que tengo
desde aquel dia.

—

—Tú dirás lo que quieras,
pero es probable
que eso sea un *insurto*
que tú me haces.
—¿Por qué, buen mozo?
—Porque yo á la Maruja
la quiero un poco.

—

—Pues ella me prefiere...
—Mientes, Mellao.
—Nunca me han dicho á mí ese
vocabulario.
Y te prevengo,
que te rompo los morros...
—*Pus, anduviendo.*

—

Lo que tienes es lengua,
pero muy larga...
—Lo que tengo es *pacencia*,
que se me acaba.
—*Pus* sal ahí fuera,
verás cómo te cuento
las entretelas.

—

Y dice otro mocito:
—Paz, *cabayeros*,
que, si *sus* ven, *sus* llevan
al Saladero.
—Vaya una cosa;
una vez más ó ménos,
poco me importa.

—

Y detrás de un recodo
que hace el camino,
despiden dos navajas
siniestro brillo..

Y ellas, en tanto,
se quedan en la Venta
comiendo callos.

—

Vuelven aquéllos luégo
sin un rasguño,
entre dos vigilantes
del órden público.
Estos prodigios,
¿quién los hace? Una *bota*
llena de vino.

***

—No te des tanto tono;
ven acá, Paca,
que aquí no nos comemos
las cucarachas.
—*Pus* es extraño,
porque dicen que ayunas
por *mor* del Chato.

—Lo que tienes es rabia.
—Ya se conoce;
mira tú, si quisiera...
me sobran hombres.
—Si estás mellada...;
ya verás si te pego...
—¿Quién, tú? *¡Pegaban!...*

—

—Mira, no me acalores,
que si me amosco,
te arranco las orejas.
—¿Por qué no el moño?
—Si estás pelona...;
si tienes tú más faltas
que una pelota.

—

Y así se van diciendo
varias lindezas,
hasta que al fin se agarran
y se desuellan.

Otro prodigio
que suele hacer *la bota*
llena de vino.

*
* *

—¿No vas hoy á la fábrica?
—Ya no trabajo,
porque en huelga con otros
me he declarado.
—¿Y cómo haremos?
—No temas; para todo
tendrás dinero.

—

—Un orador muy fino,
que lleva lentes,
ha dicho que el trabajo
nos envilece.
Y es positivo;
dí, ¿por qué no trabajan
tambien los ricos?

—Yo no sé si trabajan;
    mas no sé cómo
comerán nuestros hijos...
    —Si no hay, lo robo.
    —Por Dios, Lorenzo,
no digas esas cosas,
    que me das miedo.

—

—Ya se ha armado la gorda:
    llegó la nuestra;
yo iré al club y á los toros
    y á la taberna.
    Ya verás, tonta,
qué vida que nos damos
    tan regalona.

—

Este era un laborioso
    y honrado artista,
que escuchó, como muchos,
    falsas doctrinas.

Y convencido,
quedó con una *bota*
llena de vino.

***

—¿Cómo vienes tan pronto?
Pepe, ¿estás malo?
—He perdido en el juego
todo el salario.
Tráeme la bota.
—Si ya no hay vino; mira.
—Si no hay, lo compras.

—

No me repliques; quiero
vino sin tasa,
y si no lo traes pronto,
cojo una estaca.
—Dios de mi vida,
¡qué va á ser de nosotras!
¡Pobre hija mia!...

—Mira que no me llores,
ó te deslomo.
—Deja esos vicios, Pepe.
—¡Vete al demonio!
—¡Dios de los cielos;
haced que mi marido
vuelva á ser bueno!

—

Otro industrial, devoto
tambien de Baco,
aficionado al juego
más que al trabajo,
que irá á presidio,
por gustar de las *botas*
llenas de vino.

***

Es la bota de vino
mortal veneno;

fomenta las pasiones,
pierde á los buenos.
Y en todas partes,
un borracho es un hombre
muy despreciable.

—

Debió inventarla el diablo
para sus fines;
por ella el hombre juega,
comete crímenes.
Y al fin y al cabo,
va á morir en la cárcel
ó en el cadalso.



CAPÍTULO VI.

LAS BOTAS DE LA MARQUESA.

Una casa *comm'il faut:*
habitacion muy lujosa,
muebles de gusto y de gasto,
todos de la última moda.
—A los piés de usted, Marquesa.
—Oh, Baron...
—Siempre tan mona...
—Usted no está bueno.
—Nunca,
al lado de usted, señora...
— Gracias.
—¿Y Pepe?
—Tan gordo;
áun no ha vuelto de la Bolsa.

—¡Qué tunante!... ¡Es que hay maridos
que merecen cualquier cosa!
¡Dejarla á usted!...
—Quizá Pepe
no me encuentra encantadora
como usted...
—Y como todos,
y áun diré más, como todas...
—Allí viene la Condesa;
voy á ver...
—¡Quién fuera bota!
—¿Por qué?
—Porque ahora la he visto,
y debe estar orgullosa:
encerrando un pié tan lindo...
—Vaya, tiene usté unas bromas...
—Es que usted no lo conoce;
pero me voy por la posta,
si vuelvo á ver la botina
y no puedo ver la horma....
—Vaya, Baron, tengo gente...
—Yo un volcan... (Voy viento en popa.)

***

—¿No sale usté este verano?
—Pensamos ir á Vichy;
¡Pepe sigue tan malucho!...
¿Y ustedes, Condesa?
—Sí,
nos vamos al Sardinero,
y despues á Biarritz.
—¿Se va usted pronto?
—El domingo;
ya no se puede sufrir
el calor.
—No se respira,
ni siquiera en el jardin
del Buen Retiro.
—Es horrible,
nos vamos á derretir;
pero mis niñas no quieren
ir á otro lado.
—Y por fin,
¿se casa Lola...?
—Al invierno;
creo que será feliz.
—¿Y lleva usted muchos trajes?
—Justina lo ha de decir,

que me está haciendo unos cuantos;
seis ó siete.
—Como á mí:
¡eso de que hasta en el campo,
se tenga una que vestir!...
—Tambien llevo unas botinas,
para correr por allí,
que segun Reynaldo dice,
hacen furor en París.
—¿No bailamos esta noche?
—Sí; ya empiezan á venir.

***

—¡Qué bien habla ese muchacho!
Tiene una intencion cruel.
—¿Ha estado usté hoy?
—Sí, señora,
entré con mi primo, que es
diputado; me parece,
marquesa, que estaba usted...
—Ya lo creo; yo no falto:
voy siempre ántes de las diez.

—Mañana tratan de la
cuestion religiosa.
—Iré.
—Yo ya tengo recogidas
mil doscientas veintitres
firmas, todas á favor
de la unidad.
—Bravo, bien.
—Dudo que tenga ninguna
más que yo.
—¡Qué han de tener!...

***

En resúmen; áun podria
dar más color y más tono
á estos diseños, copiados
del natural; pero noto
que no es preciso insistir
en lo que conocen todos.
Las botas de una Marquesa
le dan idea al más topo;

de la vida del gran mundo,
de sus placeres y escollos,
de la *high life*, que ahora decimos,
—si acaso de España somos—;
de las visitas, del coche
que arrastran caballos tordos;
del Parque con sus misterios,
del Retiro con sus monos;
de las tiendas de más lujo,
del teatro, de los toros;
de los pasteles de Lhardy,
y de la ópera el abono;
de los bailes hasta el alba,
del tiro de los palomos,
de los patines con ruedas,
de las comidas en Fornos,
de la nobleza y sus clases;
de los banquetes suntuosos;
de las señoras políticas,
de notables matrimonios,
de las crónicas galantes
que traen algunos periódicos,
con interminables listas
y repetidos elogios;

de las muchachas graciosas,
y por fin, de los gomosos.

—

Y termino este capítulo,
porque ya me espera el otro.

CAPITULO VII.

LAS BOTAS DE LA MODISTA.

Miradla: nada la altera;
trabaja sin descansar;
sabe coser y cantar,
y manejar la tijera.

—

Á veces guarda su honor
contra algun tuno importuno,
aunque encuentra á más de uno
al salir del obrador.

—

Pero otras veces, curiosa,
la que su honor poco estima,
oye á todo el que se arrima
á decirle cualquier cosa.

—

Y en dejándose querer
se dejan acompañar,
siempre que van á *entregar*
ó cuando van á comer.

—

Suelen ser chicas de brio;
y en invierno y en verano
llevan un lio en la mano,
y á su costado otro lio.

—

Casi siempre son doncellas,
y entre blondas y entre encajes

hacen y prueban los trajes,
que... no han de ser para ellas.

—

Por esto algun seductor
se suele así declarar:
«Ya que tu oficio es *probar*,
dame una *prueba* de amor.»

—

Los modales distinguidos
toman de algunas señoras;
y sin ser murmuradoras,
cortan sayos y vestidos.

—

Les gusta mucho bailar;
y en fin, es cosa probada,
que admiten una *tostada*
y tambien la saben dar.

Tiene, pues, mucho que ver
el tipo de la modista,
tan vivaracha y tan lista
como suele suceder.

—

Mas si alguna se ha casado
(pues no es el caso primero),
siempre el amor callejero
en la calle se ha quedado.

—

Ahora bien; estas devotas
del baile más indiscreto,
aman á cualquier sujeto
que las regala unas botas.

—

Porque las botas, lector,
son en muchas ocasiones,

las mejores tentaciones
con que las brinda el amor.

*
* *

—Vaya usté con Dios, salero...
¿Quiere usté que la acompañe?
—Vivo muy léjos.
—No importa.
—Es que si nos ve mi madre...
—Yo soy formal.
—Como todos.
—Y la quiero á usted bastante,
desde que hace dos semanas
la ví salir una tarde,
con ese traje tan lindo
y esos ojos tan tunantes.
—Gracias. ¿Es usté andaluz?
—No señora, soy de Caspe;
pero, en fin, si usté se empeña,
soy capaz de serlo.
—¡Diantre!

¿Tiene usté carrera?
—Nunca;
pero ya soy estudiante,
y hago revistas de toros,
y me gusta mucho el baile.
—A mí tambien.
—Pues andando;
yo soy leal y constante.
—Usté querrá divertirse,
y no pensará en casarse.
—Lo que es pensar... sí señora;
tengo varias heredades,
y busco una compañera
que me decida á ese trance.
¡Si usté me quisiera mucho!...
—Ay, sí señor, tiempo hace.
—Bien; pùes si usté me convence...
—Esta noche en Capellanes...
—¡Olé! hasta luégo, morena.
¿Cómo se llama usté?
—Cármen.
¿Y usté?
—Yo me llamo... (andana)
Pepe.

—Adios, Pepe.
—No faltes.

—

—¡Cuánto has tardado en salir!
—Estuve haciendo un vestido
que corria prisa.
—Bueno:
¿quién era aquel señorito
que iba contigo esta tarde?
—Ya te lo dije; mi primo.
—Pues mira, chica, con ese,
seis primos te he conocido.
Con que, vamos, con franqueza,
¿te quieres *quedar conmigo?*
¿Ó crees que comulgo yo
con las ruedas del molino?
—Hijo, tienes una escama...
—Y tú tienes un trapío...
¿Quién te ha comprado esas botas?
—Con mis ahorros...
—De fijo;
pero ya estamos al cabo,

Pepa, y hemos concluido.
—Yo, lo que quieras.
—Ingrata,
te debia hacer añicos.
—Ya ves, una necesita...
y si sale un buen partido...
—Algun dia llorarás
lo que haces.
—Adios, Perico.

—

—Yo voy á probar un cuerpo.
—Y yo á entregar una bata.
—Yo á casa de la condesa.
—Yo á la de la diputada.
—¿Y Juan?
—Es un pillo.
—¿Y Pepe?
—Más pillo, porque es de playa.
—Pues yo sigo con Mariano,
por más que diga la Paca.
—Repito que te la pega,
y que con él no te casas.

—¿Que no me caso? y muy pronto...
—No te amoines, muchacha;
¿lo dices porque te dice
que te quiere, y te regala
de vez en cuando unas botas,
ó un reloj ó alguna falda?...
—Lo digo porque es honrado.
—Vamos, chica, eres novata,
y no lo extraño.—Hasta luégo.
—¿Dónde vas hoy?
—A la Alhambra.
—Yo á Apolo.
—Pues yo á la *Brisa.*
—Yo á la Infantil.
—Yo á mi casa;
que tengo á mi madre enferma.
—Si eres lo más timorata...
En fin; si te casas, puede
que con la tuya te salgas;
pero por si acaso el novio
te hace una mala pasada,
ya sabes que nuestra vida
ha de ser de *rompe y rasga,*
y no harás carrera nunca

con esas ideas rancias.
—Vaya, adios. Que te diviertas.
—Adios, María.
—Adios, Juana.

—

—Vaya una cara de gloria
y unos ojillos de cielo.
—Retírese usté.
—Muchacha,
soy *retirado* hace tiempo.
—Quiero ir sola.
—¡Cómo sola!
Chiquilla, eso está muy feo.
—Más feo es usté.
—Caramba,
ya lo sabía hace tiempo;
pero tengo diez mil duros,
una casita con huerto,
y allí hace falta una reina,
que serás tú.
—Caballero,
he dicho á usté que se marche.

—¿Repulgos? ¿Esas tenemos?
Mira, nos vamos á Eslava,
ó á Variedades, y luégo
cenaremos donde quieras.
—No se canse usté, no ceno;
tengo á mi madre muy mala,
y tengo novio, y no puedo...
—¿Eres honrada de veras?...
No se vaya usté; un momento:
es usté de las modistas
mejores del Universo;
y si usté quiere, está dicho,
nos casamos, y *laus Deo*.
—No puede ser; tengo un novio
que es muy honrado y muy bueno,
y con él he de casarme,
y él solo será mi dueño.
—Yo hablaba á usté con el alma;
muy de veras.
—Lo agradezco:
con que, retírese usté.
—Adios... (de veras lo siento).

*
* *

Aquí tienes bosquejada,
en este cuadro á la aguada,
la vida de la modista,
que unas veces es honrada,
y otras se pierde de vista.

—

Y si no te convencieras,
pasea por las aceras,
lector, y en ellas verás
que hay... pocas de las primeras,
y muchas de las demás.

CAPÍTULO VIII.

LAS BOTAS DEL CESANTE.

Diálogos al aire libre;
lugar: la Puerta del Sol;
personas: varios cesantes,
que tienen muy mal color.

—

—¿Entró el Ministro?
—No ha entrado;
debia usté calcular
que cuando yo estoy aquí...
—Justo, no es mala señal.
—Hoy le veo, aunque me lleven

al Saladero, no hay más;
lo que hacen conmigo es una
solemne barbaridad...
—¿Y yo? ¡estoy cesante desde
que tomamos á Tetuan!
y cuanto más hambre sufro,
más hijos tengo.
—Animal.
—Hola, don Ginés, usté
siempre tan bromista y tan...
—Hombre, hay que tomar los tiempos
como vienen.
—Es verdad;
mas tomar tiempos, á secas,
á mí me parece mal,
que alguna cosa mejor
que *tiempos*, quiero tomar.
—Pues, nada, hay que resignarse.
¿No dicen que trae un pan
debajo del brazo, cada
muchacho que Dios nos dá?
Pues usted, segun mi cuenta,
no debe necesitar
comprar panes, porque tiene...

—Sí, señor, doce hijos ya,
que no traen pan, y lo piden,
y no se lo puedo dar.
—No hay mal que cien años dure.
—Mi desdicha dura más.
—Yo he hallado un empleillo
en casa particular...
—¡Hombre!
—Y me voy á Biarritz,
y despues al Escorial.
—Mi enhorabuena.
—¿Y usted?
—¿Quién, yo? Me voy *á... al Molar,*
si consigo que me den
siquiera una credencial,
para llevar á esos baños
á mi querida mitad.
—Señores, ya entró el Ministro.
—¿Sí? Pues vamos á esperar
á que quiera dar audiencia,
¡que de fijo no querrá!

***

—Portero, si usté quisiera
pasar recado...
—Yo no.
El Ministro está ocupado,
y me ha dicho que ni Dios
pase, sin que él me lo avise.
—Pues ántes sí que pasó
una morena...
—Silencio;
es hermana del señor,
y ya se fué.
—Vírgen santa...
—¿Qué dice usté?...
—De la O;
haz que se ablande el Ministro
y quiera escuchar mi voz,
porque tengo siete chicos,
y mi mujer tiene tos,
¡ay! y la infeliz me muerde
cuando no tiene jamon.

***

—Tiene usté una hija preciosa,
señora; y usté tambien...
—Mil gracias.
—¿Usté pretende?...
—Sí, señor; qué hemos de hacer;
soy viuda de un Comisario
de guerra, que murió en Fez.
Juan Briones...
—Ya me acuerdo...
—¡Ah! ¿le ha conocido usté?
—Fuimos compañeros de armas.
Era listo.
—Sí, ¡buen pez!
—Yo ignoraba que tuviera
tan hechicera mujer.
—Nos casamos en Astorga;
yo soy de allí.
—Ya se vé;
todo lo que allí se cria,
mantequilla debe ser.
—Vaya, que es usté de broma.
—Ay, señora, un tiempo fué
en que era yo tan bromista,
que no lo sabe usté bien;

pero ahora que estoy cesante
(otra broma de una ley),
sólo al lado de usté puedo...
—¿Es usté *pasivo?*
—Pues.
¿Y usted?
—*Pasiva.*
—Eso, nunca;
pasiva no lo es usté,
sino activa y muy activa:
y si no, no hay más que ver
esa boca y esos ojos,
y esas manos y ese pié...
El portero.—Señora, á ustedes les toca...
—¿Les toca?
El portero. —Entrar.
—¡Quién fuera él!...

(Monólogo de un cesante, paseándose por la acera del Ministerio de la Gobernacion.)

Yo he sido un hombre como cualquiera;
he gobernado provincias varias;

me ha escrito cartas Ramon Cabrera,
y he tomado medidas extraordinarias.
Yo he sido amigo de Ruiz Zorrilla;
me han dado cenas los radicales;
hice cantones en cierta villa,
y me querian mucho los federales.
Si me empleaba, cualquier Gobierno
me ha parecido de los mejores,
y ahora me encuentro, desde el invierno,
pasando unas angustias de las peores.
Tan sólo sirvo para empleado;
es mi carrera la de esta acera,
y me hallo un poco preocupado,
porque ya no hay partido que á mí me quiera.
Tengo familia, no tengo ropa;
escribo cartas á los soldados,
y aquí me pongo como una sopa,
esperando al Ministro de mis pecados.
Si hoy á mis quejas se hiciese el sordo,
si no conoce cuánto suspiro,
le doy un susto, pero muy gordo,
y luégo... luégo me pego un tiro.

—

Ahora bien;—lector amigo,
si deseas conocer
cuando el que habla es un cesante,
sea hombre ó sea mujer,
fíjate bien en las botas,
es decir, mira á los piés;
pues todas las de la clase,
se suelen ¡ay! parecer,
en lo claro del color,
y luégo... en la edad tambien.



CAPÍTULO IX.

LAS BOTAS DE CHAROL.

Modelo de la elegancia,
que fué importada de Francia
con otras mil tonterías,
ya ha perdido la importancia
que tuvo en aquellos dias.

—

Bota de brillo especial,
que deslumbra como el sol
y nos hace un pié tal cual,
hoy sólo le sirve al
que se quiere *dar charol.*

—

Tuvo en sus tiempos mejores,
—áun cuando fuera de lance,—
millares de admiradores,
y sólo estaba al alcance
de las fortunas mayores.

—

Por esto corriente era
decir, al ver el calzado
de uno que iba por la acera,
si era becerro: «*un cualquiera;*»
si charol: «*un potentado.*»

—

Hoy ha bajado el nivel,
y en *cursis* se han convertido,
pues vió la moda cruel,
que usarlas se ha permitido
hasta el que vende papel.

—

Mas como no es lo comun
que pueda usarlas ningun
ciudadano sin un real,
esta bota juega aún
un papel muy principal.

—

Sirve el lujo de *doublé*,
á las gentes que aparentan
por motivos que yo sé,
y que casi nunca cuentan
con un real para el café.

—

Sirve tambien al tramposo,
al hortera presuntuoso
cuando se viste de gala,
y al *cursi*, que está orgulloso
de visita en una sala.

—

Perdieron, pues, su poder,
pero áun nos sirven, no obstante;
porque ahora dan á entender
que es un *cursi* ó un farsante,
quien se las llega á poner.



CAPÍTULO X.

LAS ZAPATILLAS.

Vamos á hablar, lector, en confianza:
me he quitado las botas, te lo advierto,
para que así conozcas en seguida
lo mucho que te aprecio.

—

Quédense en un rincon por un instante
las botas con que vamos de visita,
y á un baile, y á paseo y al teatro,
y á tomar el tramvía.

—

Ahora estás en mi casa, y, por lo mismo,
es preciso tratarte con franqueza,
y á recibirte salgo en zapatillas,
pero muy sandungueras.

—

Reine la confianza entre nosotros
(si eres del bello sexo me perdonas).
. . . .
¿Qué son las zapatillas? Una fase
pequeña de las botas.

—

Una edicion barata de las mismas,
más humildes, lector, mucho más buenas,
porque nunca te oprimen, y las otras
te hacen ver las estrellas.

—

Aquéllas son muy graves y entonadas;
éstas alegres, francas, modestitas;
aquéllas hacen ver tu vida pública,
y éstas, tu vida íntima.

—

Te embetunan las botas muchas veces,
si tienes que salir á tus asuntos,
y en la vida pondrás el pié en la calle
sin botas, de seguro.

—

En cambio, cuando vuelves á tu casa,
te quitarás las botas al instante,
y meterás los piés en las pantuflas
para que éstos descansen.

—

Son, pues, las zapatillas el trasunto,
la copia más exacta y verdadera
de tu vida y costumbres, ó, más claro,
de tu vida doméstica.

Si las botas revelan los estados,
las clases, las carreras, los oficios,
las zapatillas dicen lo que somos
y pensamos bajito.

—

En fin; las zapatillas y las botas
toda la vida del mortal abarcan:
la bota en sociedad, donde se finge;
la zapatilla en casa.

*
* *

Y ahora con varios ejemplos
voy á probar en seguida,
cómo trasforman á muchos,
y á muchas, las zapatillas.

—

En la calle de la Greda
vive una viuda con hijas,
educadas, segun dicen,

de una manera que admira,
porque ellas barren y cosen,
y si es necesario guisan,
y son todas muy honradas,
y además muy modestitas,
y cuidan mucho á su madre,
segun dicen las vecinas,
y no van á bailes nunca,
sino con su madre á misa.
Son pobres, pero, de fijo,
segun el público afirma,
sería feliz cualquiera
con cuaquiera de esas niñas.
Pues bien; entremos de pronto
en esa casa bendita,
ahora que por ser temprano
estarán en zapatillas,
y veremos si es exacto
lo que dicen en la villa.
La madre anda por la casa
limpiando mesas y sillas;
las niñas están durmiendo,
y muy sucia la salita.
—Mercedes, dice la madre,

mira que es tarde, hija mia;
levántate ya.
—No quiero;
váyase usté á la cocina
á traerme el chocolate.
—Ayúdame tú, Juanita.
—Señora, no tengo ganas,
y hoy vendrá á verme don Dimas.
—Con tal que traiga dinero...
—Él me lo ofreció.
—Bien, hija;
no dejes de estar amable
con él: eres tan arisca...
—¿Le parece á usté que es poco
lo que hago por ese *quidam*
tan viejo, tan repugnante...
—Si se casa, es una viña.
—Yo hago todo cuanto puedo.
—Ya ves tu hermana Angelita;
por fin se casó, y ahora
ya está viuda y tiene fincas.
—Bueno, bueno; ya veremos.
¿Y la sala?
—Ya está limpia.

—Vaya, venga usté á peinarme
y hágame usté sortijillas.

. . . .

Pero corramos un velo
sobre esta santa familia.

*
* *

—Hace dias que no tiene
botones este chaleco.
—Que te los ponga la bufa.
—Tú deberias ponérmelos.
—Ya lo creo; si no fuera
porque soy honrada... un ciento...
—Vamos, deja esas bromitas.
—Pues deja tú esos enredos.
—Yo no te falto.
—No me hables:
me estás faltando hace tiempo,
y yo te sufro y me callo.
—Pues mira, si piensas eso,
te vas y hemos concluido.
—No me provoques, Mateo:

sólo por el *qué dirán*
vivo á tu lado.
—Lo aprecio;
pero ya me van cargando
tus inconvenientes celos,
y quiero vivir tranquilo.
—Eres un bribon.
—Con tiento...;
que yo no sufro que nadie
me hable de ese modo.
—Hablemos
con calma; ya no me quieres,
y yo más y más te quiero.
—Vaya, basta de mimitos,
déjame en paz, y *laus Deo;*
vete á vivir con tu madre,
yo marcharé al extranjero,
y nadie sabrá la causa.
—Dios mio, ¿pero qué he hecho?...
—Nada; que me apestas, hija.
¿Lagrimitas ahora?... Vuelvo.

—

Un matrimonio dichoso,
que en la calle, en el paseo,
dá envidia á cuantos les miran
siempre juntos y contentos.
Para el mundo, sonrisitas;
dentro de casa, el infierno:
con botas, almíbar puro;
con zapatillas, veneno.

***

—A los piés de usted, Emilia;
la pillo á usted sin vestir.
—Usted es de confianza,
y le recibo á usté así.
—Mil gracias... ¡Pero es posible
que se quiera usted morir,
sin volver á enmaridar,
señora, con tanto *chic...!*
—Sí señor, le tengo un miedo
al matrimonio...
—¿Y á mí?
—Á usted no, ya lo ve usted;

estamos solos, y en fin,
si le temiera...
—Caramba,
es que tiene usté un perfil...
vamos..., que es usté la viuda
más hermosa de Madrid.
—Usted sí que es compasivo
con mis años y con mis...
—Y usted... nada, nunca quiere
dar un cuarto, á este infeliz,
de cariño.
—Son ustedes
tan malos... ¿Llaman aquí?
Antonia, no estoy en casa
para nadie.

La criada. —¿Quién es?

La viuda. —Chist...

(Pausa.) Ya se fueron: con que, vamos,
decia usted que...
—Que si
usted me quisiera un poco...
—(Este hombre es un adoquin.)

—

La viuda de un comerciante,
jóven y honesta, hasta allí,
que va vestida de negro,
desde la calle del Cid
donde vive, hasta la iglesia,
sin que ningun galopin
tenga, hasta la fecha, nada
de esta viuda que decir;
porque todo el vecindario,
y hasta el portero incivil,
afirman que es una santa,
que es todo cuanto hay que oir;
pero ya la han visto ustedes
dentro de su casa, y
me parece que como ésta
en la córte hay más de mil.

***

—Juan, vete á Fornos y tráeme
una langosta.
—Mujer,
¿por qué no va la muchacha?
—Porque es preciso que esté

en casa; voy á salir,
y la necesito.
—Bien.
—Hoy viene á comer mi madre.
—Eso no lo aguantaré;
yo soy el amo en mi casa...
—Hombre, tendria que ver;
ya sé que dices á todos
que me tienes bajo el pié;
pero mi madre vendrá;
yo lo quiero y ha de ser.
—Pues no será.
—Yo me muero,
Señor; ¿por qué me casé?
Tú vas á ser mi verdugo.
—¿Verdugo? De ella tal vez,
pero tuyo no, Luisita;
vamos, hija, cálmate:
reconoce que tu madre
tiene el génio de Luzbel,
y que por ella reñimos,
y por ella...
—Calle usted;
no consiento que á mi madre

la falte nadie, porque...
Es usted un...
—Poco á poco.
—¿Llamaron? ¡ay! ella es.
—¡La suegra! voto al...
La suegra. —Luisita,
hija de mi vida... á ver
qué ha pasado aquí; responde.
—Que Juan me riñe...
—¿Y por qué?...
¿Qué te ha dicho este hombre, dime...
te ha insultado?... ¡Quién es él
para atreverse...
—Señora...
—Es usté un pillo.
—Pequé...
Vaya, voy por la langosta.
Hasta luégo.
—Hasta despues.

—

Un marido como hay muchos,
que quiere dar á entender

que manda en su casa, y luégo...
viene el diablo, y ya se vé,
en forma de suegra llega,
y acaba aquél por ceder,
siendo el último en su casa,
como ocurre á más de cien.
Su mujer le zarandea
como quiere, á su placer,
y su suegra hace lo mismo,
y los criados tambien;
porque, donde el amo es ama,
el amo ¿qué podrá ser?

***

—Buenos dias, vida mia;
un abrazo.
—Toma dos.
—¿Eres feliz?
—Sí, muchísimo
con todo mi corazon.
—Nos casamos hace un mes...
—¡Ya ha pasado un mes!...
—Veloz,

muy veloz; áun juraria
que fué ayer.
—Lo mismo yo.
—Vamos á ser muy dichosos;
bendito sea el amor,
y la hora aquella y la gracia
con que te echó al mundo Dios.
—¿Me quieres mucho?
—Remucho;
más que tú á mí.
—Eso no,
porque yo te quiero más.
—Que no.
—Que sí.
—Qué aprension.
—Te digo que yo te quiero
más que á todo.
—Pues mejor;
y yo á tí más que todo eso,
y más que juntos los dos.
—Vamos á almorzar.
—Sí, y luégo
tocarás esa galop,
y yo me pondré á tu lado

rodeando tu cuello.
—¡Oh!...
Que venga el almuerzo: llama;
otro abrazo...
—¡Picaron!...

. . . .

—

Y así sucesivamente.
Sea usté franco, lector,
y dígame si estas cosas
se ven en la calle... No.
Estos detalles domésticos,
la intimidad del amor,
la luna de miel, los diálogos
como los de este patron,
y otros mil por el estilo,
se dicen á media voz,
y si reparas el traje,
de la dama, ó del actor,
verás que van en chancletas;
con botas sería atroz.
Por eso las zapatillas

son siempre el medio mejor,
para aprender ciertas cosas
que el mundo siempre ignoró,
porque pasan en silencio
dentro de una habitacion.



CAPÍTULO XI.

LOS ZAPATOS DE CURA.

Ya amanece; ya alumbra el alto monte
la temblorosa luz de la mañana,
y los brillantes rizos de la aurora
por todo el horizonte se desatan:
ya se retiran á dormir un poco
las estrellas cansadas,
y tambien los serenos de la villa,
que han roncado á sus anchas.
Aparecen cantando los gorriones,
en busca del sustento que les falta,
y las burras de leche nos despiertan
con alegre algazara.
¿Qué hora será? Las cinco. Muy temprano

para dejar la cama:
todos mis convecinos á estas horas,
estoy seguro, dormirán con gana,
y yo me he despertado hace muy poco,
porque he creido oir en lontananza
el eco misterioso
de una ronca campana;
y esto me ha recordado
que hay séres que madrugan con el alba,
y entre ellos uno, que merece un sitio,
pero muy principal, en estas páginas.
Es el cura de aldea: hombre piadoso
y virtuoso padre de las almas,
que dá á sus feligreses santo ejemplo
de la moral cristiana;
párroco de un lugar, donde las gentes
le saludan humildes cuando pasa,
y todos le bendicen,
adorando los pliegues de su capa.
Apenas amanece,
y la primera luz besa sus canas,
á la iglesia del pueblo se dirige,
toca á misa despues, al pueblo aguarda,
y el santo sacrificio

celebra sin faltar una mañana.
Despues cierra la iglesia,
y al regresar á casa
enseña la doctrina á los muchachos;
aconseja lo bueno á las muchachas;
pone en paz á los díscolos
con su santa palabra,
y por esta razon tiene su aldea
lo mismo que el aceite en una balsa.
En esta vida transitoria, el cura
es de nosotros la constante guarda;
nos recibe al llegar á los umbrales
de la existencia humana,
y en el camino de este mundo al otro
es la estrella que en él nos acompaña
y nos guia á los cielos,
y para la otra vida nos prepara,
cuando llega la hora de la muerte
á disponer la marcha;
dando despues á nuestros pobres restos
sepultura sagrada.

***

Este es el sacerdote como pocos,
digo, como Dios manda;
el cura sin orgullo, sin pasiones,
sin ambicion por nada;
el que queda escondido en las aldeas,
siempre con su manteo y su sotana,
su *zapato de hebilla*, su alzacuello
y el sombrero de teja de dos varas.
Tambien en las ciudades
los hay de buena pasta,
y me complazco en consignar que algunos,
más que buenos son santos, y me encantan,
aunque hacen una cosa todos ellos
que es muy atroz; ¡nos casan!
Pero hablemos, lectores, francamente,
y vereis que los hay de mala casta,
porque muchos se van á las facciones
bien armados ¡qué horror! de todas armas,
y otros hay que se visten de paisano
y..... ¡se dejan la barba!
Respetemos, lector, á los primeros,
y en cuanto á los segundos... ¡tapa... tapa!

. . . .

CAPÍTULO XII.

LOS ZUECOS DEL AGUADOR.

¡El aguador! Desde luégo
se dice al oir tal nombre:
—Ya sé quién es: un gallego
algo parecido al hombre.

—

En efecto: de ese sér
es de quien os voy á hablar,
porque merece tener
en este libro un lugar.

—

Anda siempre reposado,
y con unos piés... *de plomo*,
y casi siempre calzado
con zuecos de tomo y lomo.

—

Con la cuba se defiende,
y aunque á las guardillas suba,
no se queja: él sólo entiende
de una cuestion; la de cuba.

—

Viene á la córte á servir
con un duro en el zurron,
y halla el modo de vivir
arrimándose á un pilon.

—

El agua su dicha fragua;
pero como es tan ladino,

lleva cubas llenas de agua,
y el cuerpo... lleno de vino.

—

Su fuerte, es la economía;
su afan, tener un tesoro
trabajando noche y dia;
y sus füerzas, las del toro.

—

Es mozo de pelo en pecho,
riñe por una peseta,
y todos tienen derecho
para tratarlo á baqueta.

—

Vive el pobre resignado
á tan rudo sufrimiento,
porque siempre está *cargado*,
y sin embargo, contento.

—

Algunas veces se acuérda
de que muchos de su raza
llegan á mozos de cuerda,
ó á ser cocheros de plaza.

—

Y entónces, dando al olvido
la cuba, si hay ocasion,
se suele ver convertido
en *farruco* ó en *simon.*

—

De simon, pasa á portero
ó á servir á algun marqués,
á sereno, ó camarero
de fondas ó de cafés.

—

Hasta que llega el instante,
que tanto en lograr se aferra,

y reune lo bastante
para volverse á su tierra.

—

Esta es la historia concisa
de esos mozos, nada entecos,
que podrán ir sin camisa,
pero nunca sin los zuecos.

—

Mas, si se ven trasformados
en camareros ó aurigas,
con zapatos van calzados
sólo porque no les digas.

—

Por consiguiente, lector,
como estos gallegos feos
tienen diverso color
y diferentes empleos,

—

Espero no extrañarás
que haga aquí varios retratos;
porque gallegos verás
con zuecos ó con zapatos.

*
* *

(En la fuente.)

—¿Vas á llenar, Manuliñu?
—Échole el agua á un marqués.
—Y ¿dáte mucho?
—Muy poco;
allá todu es orupel;
hay criados con curbatas
y non tienen qué cumer.
—Pues yo la subo al tercero
de esa casa.
—El diez y seis?
—Sí; y hay allí una farruca,
chicu, que me quiere bien.
—¿Y dáte algu?
—Dáme puros
del amu, y dáme Jeréz.

—Así estás tú tan rollizu.
—Non, yo me deju querer.
—Pues mira, yo voy á un cuartu
donde vive un corunel,
y la corunela, chicu,
que es muy frescota mujer,
me hace llevar unas cartas,
que á punto fiju, non sé
á quién van, y yo las llevu,
y tráigule otras dimpués;
y siempre dánme cuartiñus.
—Vamos, pesetas.
—Tal vez.
—Mira, non te hagas el probe,
pues ya ricu debes ser.
—Sí, Manuliñu, ya tengu
doce duros...
—Tener es.
¿Ya prontu irás á la tierra?
—Si me casu... sí me iré.

***

(En la cocina.)

La señora. —Juana, que llaman; ya sabes,
si es algun recibo, no
estamos en casa.

La criada. —Bueno.
No era nadie... el aguador.

El aguador. —Chica, ¿con que non soy nadie?
Ténme, chica, compasion.
—¿Me peino yo para usté?
—Sin peinar te quiero yo...
—Vamos, ¡pues no me tutea!
Óigame usté, ¿en qué figon
hemos comido?...
—Ay, marusa;
comer contigo, ¡qué hunor!
Yo morro por tus pedazos;
¿me quieres?
—Hombre, que no:
morros puede usté tener,
pero no tener mi amor.
—Marusa...
—Largo de aquí;
¡pues no me abraza el bribon!

—Por Santiagu...
—Por la puerta
se va usted, ó llamo.
—Adios:
ingrata, lloraré mucho.
—Llore usté.
—Pues ya me voy.

***

(En otra cocina.)

—Bien tardas en traer el agua.
—Diéronme abajo un julepe
porque pegué con la cuba
á un señoritu con lentes.
—¿Y te zurraron?
—Bastante;
paciencia, ya llevu siete.
—Oye, ¿y cuándo nos casamos?
—Cuandu vengan los papeles.
—No hagas caso de ninguna;
á ver si te comprometes.
—Non temas; yo á tí te estimo

porque tienes intereses,
y me daré buena vida
contigo.
—Se sobreentiende.
—¿Te acuerdas cuando nos vimos?
—Yendo á esperar á los Reyes:
yo me subí en la escalera.
—Y te caiste de frente.
—Pero me caí en tu espalda,
y me pegaste un moquete:
asina nos conocimos,
haciéndume echar los dientes.
—Pero nos queremos mucho,
y nos casaremos.
—Puede.

***

(En una esquina.)

EL MOZO DE CUERDA.

—Vas á llevar esta carta
á donde dicen las señas.

—¿Dúnde dicen?
—Á la calle
de la Libertad, noventa,
piso entresuelo: preguntas...
—¿Por el amu?
—No, babieca;
preguntas por la criada...
—¡Ah! sí señor, la doncella.
¿Esperu contestacion?
—Pues es claro que la esperas.
—¿Y dúnde la llevu?
—Aquí;
yo mismo vendré por ella.
—Está muy bien.
—Vé de prisa,
y te daré una peseta.
—Volandu voy, señoritu.
—¡Ah! escucha; que si te encuentras
con algun hombre en la casa,
óyeme bien, no la entregas...
—Ya cumprendu, voy á escape.
—No tardes, y hasta la vuelta.

. . . .

—Vamos, que bien has tardado.

—Salióme un mandado ahí cerca...
—Me gusta, hombre; trae la carta.
—Aquí tiene usté la mesma.
—¿Pues qué pasó? ¿Salió alguno?
—Sí señor; llamé á la puerta,
y como usté me previnu
que si algun hombre saliera
non la entregase... por esu...
—Bien, hombre (escapé de buena);
Y díme, ¿qué tal aspecto
tenía ese hombre? ¿Quién era?
—Era... el aguador...
—Canalla;
te has quedado sin peseta.

***

(En una parada de coches.)

—Aún non me estrené, Andresiño.
—Pues yo ya vengu de Atocha.
Si quieres acompañarme,
voy á tomar una copa.

—Por no agraviarte...

Un caballero. —Cochero;

lleva pronto á esta señora

á la calle del Barquillo.

El cochero. —Chicu, ya non bebu.

El caballero. —Cobra.

El cochero. —Ya he cargadu: hasta la vuelta.

El otro. —Bueno, á la vuelta la tomas.

—

—Cochero, al barrio de Argüelles.

—¿Una carrera?

—Por horas.

Sube, Juanita.

—Pero, hombre...

—Arre, caballo.—¡Qué broma!

—

—Es que tiene suerte Pacu...;

habrá propina.

—De sobra.

—Para esu, yo sulamente

tuve el martes una boda.
—Y yo diez y seis entierros,
y el otro dia una mona.
—¡Cómu una mona!
—Un borrachu,
que tomó el coche en la Ronda,
y tuve que conducirlu
al hespital, por la posta.
—En cambio, hoy tenemus torus.
—Vamos, esu es otra cosa.
—¿Sabes que ponen tramvía
por todas las calles?
—Oiga:
¡pues vamus á divirtirnus!
Yo chillu como lo pongan.
—En fin, chicu, si lu ponen,
¡siempre habrá coches por horas...!

*
* *

(Á las doce de la noche.)

—Serenóóó...
—Voy.
—Abra usté.

—Buenas noches, don Julian.
—Serenóóó...
—Serenóóó...
—Al punto.
—Serenóóó... al veinte.
—Ya va.
—Manuel...
—¿Otro?
—Aquí, sereno.
—Voy; qué modo de llamar.
Buenas noches.
—Buenas. Abre.
—Serenóóó...
—Vuelta... Ya van:
lu que es en dando las doce,
non me dejan descansar;
á no ser por las propinas
que casi todos me dan,
en vez de abrirles la puerta,
les abriria en canal.

***

—Sereno, ¿está usté sereno?
—Sí señor; no lu he de estar.

—¿Quiere usté abrir en el doce?
—Yo, no señor, no haré tal;
yo no le conozco á usté...
—No me suelo retirar
á estas horas.
—Pues amigo...
—Yo vivo en el principal;
soy el marido, el esposo
de la señora de...
—Ya.
—Sospecho que me es infiel...
—Hace bien en sospechar.
—Pues bien, abra usté la puerta;
ella no me esperará,
y.....
—Sí señor, voy á abrirle:
que es obra de caridad
abrir los ojos al prójimo,
abriendo una puerta...
—Ajá...
(Vamos, esta estratajema
no me ha salido tan mal.)

*
* *

(En una portería.)

—¿El portero?
—Servidor.
—¿Quiere usté hacerme un favor
en seguida?
—Segun cual.
—Pues... tirar del llamador
en el piso principal.

—

—Esu es fácil.
—Por supuesto:
yo ocuparé aquí su puesto,
si dá usté esta carta á Marta.
—Ya sé...
—Usté se guarda esto.
—¡Un doblon...! Venga la carta.

—

—Espero á usted con afan.
—(No ha soltado el cascaron:

cómu lo desplumarán.)
¿Le traeré contestacion?
—Es claro; si se la dan...

***

—Eh, portero...
—¿Quién me llama?
—¿Usted es persona fiel...?
—Yu lo creo; soy gallegu.
—¿Puedo contar con usté
para que me dé noticias
de una inquilina?
—¿Es mujer?
—Es claro; si es inquilina...
—Pues mire usté, podrá ser
esu, segun y conforme
la propina que usté dé...
—Dos duros.
—En ese casu,
cuantu quiera usté saber.
¿Cómo se llama?
—Lo ignoro.
—¿En qué piso está?
—No sé.

—Entónces, iré diciendu
hasta que dé usté cun él.
En el bajo vive un sastre...;
peru este non podrá ser.
—Le he dicho á usté que es señora.
—Pues de ellas solu hablaré.
En el entresuelo habita
una jóven de Jerez,
que dice que vive sola
y recibe á más de cien.
En el prencipal hay una
señora, como un tonel,
que tiene una hija sultera,
que non se puede tener,
porque dicen que está tísica
y tiene *enginias* tambien.
En el segundo una viuda,
guapa, morena...
—Esa es.
¿Tiene un lunar en la barba?
—Justo; y más barbas que usté.
Pues esa es buena persona;
un vieju la viene á ver,
y el vieju paga la casa...

—¿Cómo que la paga? ¿Quién?
Ella me ha dicho que enseña
el aleman y el francés.
—Pues ya lu creu que *enseña;*
más de lo que es menester...
—De modo que es una...
—Justo:
non me comprometa usté...

—

. . . .

Y termino; pues, si sigo,
no acabaria en un mes.

CAPÍTULO XIII.

LOS TACONES ALTOS.

Yo no sé en qué consiste,
pero es lo cierto:
que los tacones altos
me causan miedo,

—

por lo que comprometen
y significan,
cuando quieren usarlos
las señoritas.

—

Con esos taconazos,
 ¿qué se proponen?
Ser al ménos tan altas
 como los hombres;

—

es decir, no amoldarse
 como es debido,
á vivir de los hombres
 bajo el dominio.

—

Y esto, por más que digan
 los que pretenden
igualar á los hombres
 con las mujeres,

—

es cosa que produce
 muy mal efecto;
nada importa la altura,
 si el cuerpo es bueno.

—

Nada importa, si tiene
bonitos ojos,
que la mujer más alta
nos llegue al hombro.

—

Y es sabido que hay muchos
ojos de gancho,
que van por esas calles
haciendo esclavos;

—

y que se vence al hombre
de más agallas,
más que con la estatura,
con la mirada.

—

Pero hay otras razones
muy atendibles,
para que las muchachas
quieran oirme.

—

Corren por ahí rumores
muy alarmantes:
el hombre se hace el sueco
para casarse.

—

Y vosotras, ¡incautas!
como es probado,
llevais, para atraerlos,
tacones altos.

—

Error, error funesto
que yo deploro,
y por el cual os hablo
con este tono.

—

¿No advertís que los hombres
dicen con sorna,
al ver una muy alta:
«valiente moza?»

—

Pues, vamos, es lo mismo
que si dijeran:
«nos va á gastar en trajes
toda la hacienda.»

—

Se viste una muchacha
regularcita,
con tres ó cuatro varas
de percalina.

—

Y en cambio una muy alta,
(¡digo, si engorda!),
necesita llevarse
la tienda toda.

—

Con que si esto es lo cierto,
¿por qué motivo
pretendeis ser más altas
de lo preciso...?

—

¿No veis que los infames
tacones altos,
os hacen á menudo
dar *malos pasos?*

—

Además, unos hombres
de mala traza,
de esos que se dedican
á poner faltas,

—

dicen del bello sexo
mil perrerías;
y hay poetas y varios
folletinistas,

—

que en comedias y libros,
de muchos modos,
os echan á vosotras
la culpa en todo.

—

Y hasta un cantar del pueblo
—vulgar sentencia—
que es muy sabido, dice
de esta manera:

—

«Por si acaso me caso,
»chica la quiero:
»ya que todas son malas,
»del mal el ménos.»

—

Creo, lectoras mias,
por consiguiente,
que es parecer chiquitas
lo que conviene.

—

Con que, gritad conmigo,
si no os enfado:
¡abajo los tacones...
abajo... abajo...!

—

. . . .

¿Por qué hablo de esto, dicen
varios lectores?
Porque el tacon demuestra
las presunciones

—

de las muchas solteras,
que no comprenden,
que no se pesca al hombre
con esas redes.

CAPITULO XIV.

LAS BOTAS DE LA DEVOTA.

¡Una devota!; es decir,
una santa en embrion,
modesta para vestir,
y que no suele salir
sino á misa ó al sermon.

—

Con hábito siempre va,
y tan ojerosa está,
que dá lástima de ver;
¡como que dicen que irá
á la gloria esta mujer!

—

Á las nueve se levanta
y á la iglesia se encamina,
con una humildad que encanta,
al lado de una vecina
ó sola... ¡como es tan santa!

—

Oye misas á docenas,
asiste á muchas novenas
y á santas asociaciones,
y vuelve á la iglesia, apenas
suena el toque de oraciones.

—

Todo el dia se lo pasa
rezando mucho y sin tasa,
ó bien tomando magnesia;
que no es mujer de su casa,
sino mujer de la iglesia.

—

Así tiene á sus hermanos
y á sus parientes cercanos
engañados como chinos,
y olvida por los divinos,
los ejercicios humanos.

—

Ella no puede coser
ni la casa gobernar
como deberia ser,
porque todo su quehacer
es rezar y más rezar.

—

Y no hay temor de que lea
más que en su devocionario;
y tanto en él se recrea,
que llora con el rosario
y entonando el *culpa* mea...

—

Su mayor placer sería
—(y á pecho estas cosas toma,
lectores),— que cada dia
hubiera una romería
de peregrinos á Roma.

—

Pero en fin, hablando en plata,
yo sé que esta timorata
tiene flaquezas famosas,
pues no hay como ser beata
para tapar ciertas cosas.

—

Inflamada en santo fuego,
le complace armar un cisco,
murmurando sin sosiego,
y se marcha á rezar luégo
á San Luis ó San Francisco.

—

Con las juntas se entretiene;
sale sola á troche y moche
y va donde le conviene,
y hasta un amigo que tiene
la suele llevar en coche.

—

Ejercicio singular,
—muy piadoso á no dudar—
que hace de Dios en servicio,
y (no vale murmurar),
todo es hacer ejercicio.

—

Varios amigos rumbosos,
con la nea generosos,
le dan cuanto solicita
para ejercicios piadosos,
ú octavas á Santa Rita.

—

Y aunque á veces ha ocurrido
que el dinero recogido
se gasta, pero no en preces,
lo cierto es que... muchas veces
no se sabe dónde ha ido.

—

Esta es la vida algo incierta
que lleva, y ruede la bola,
mientras ella se divierta,
y no cierre bien la puerta
cuando quiere rezar sola.

—

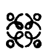
Tipo es este singular,
que se encuentra por doquier;
pues nadie podrá negar
que en Madrid suele abundar
el tipo de esta mujer.

—

Pues bien; estas timoratas,
modelos de perfecciones,
llevan botas sin tacones,
muy sencillas y baratas,
para evitar tentaciones.

—

Yo quisiera, en conclusion,
ver convertida en toston
esta polilla social,
si volviera el Tribunal
de la Santa Inquisicion.



CAPÍTULO XV.

LAS BOTAS DE LA CHULA.

El tipo de aquella *jembra*
á quien llamamos manola,
con todas sus *cercunstancias*,
queria pintar ahora;
y sorprenderla en la calle
con su mantilla redonda,
su guardapiés saleroso,
su clavelito en la boca,
las manos en las caderas,
y luciendo, hasta las corvas,
unos piés muy tentadores,
unas medias muy lustrosas,
zapatitos escotados,

y gracia y sàl por arrobas;
pero miro en torno mio
para buscar esa moza,
y observò que ya no queda
de ese tipo ni una copia,
sino en aquellos famosos
tapices que dejó Goya,
con manolos y chisperos,
y calesas y otras cosas.
La manola de estos tiempos
varió de fondo y de forma,
y se quitó la mantilla,
y en fin, *se ha puesto las botas.*
Ya gasta vestido largo,
y si puede luce joyas,
y ya no lleva navaja,
porque, si se arma una *bronca*,
le basta con sus manitas
para pegar una solfa.
La manola de hoy es chula
muy temible si se amosca;
domina el canto flamenco,
y habla *caló* á todas horas.
Viste de seda ó percal;

pero llevan casi todas
á la cabeza un pañuelo,
y en el pelo algunas rosas.
Va á los toros en *onîbus*
á asiento de sol y sombra,
y come tomates crudos
y sabe echarse unas copas.
Á veces es cigarrera,
ó en Lavapiés vendedora,
ó canta en algun café
cañitas, con voz muy ronca.
Los domingos en las Ventas
come callos, canta coplas,
baila, quebrándose mucho,
con algun chulo de nota,
y, á la postre, es lo corriente
que lo que empezó por broma,
se concluya siempre como
el rosario de la aurora.
Se casan muy raras veces,
porque, más que por la boda,
se desviven por un chulo
que les calienta la ropa,
y le quieren con el alma

—quiero decir, que le adoran;—
y si está en el Saladero
el que el corazon les roba,
le van á llevar la cena,
y si *hay de qué*, algunas onzas;
y les arreglan *entierros*,
y toman alguna mona.
Odian cordialmente á los
señoritos de *levosa*,
y se suenan con los *deos*,
y dicen *redios*, *mamola*,
puede, *pegaban*, *gatera*,
mecachis, *miste*, *la gorda*,
y así sucesivamente
otras palabras curiosas.

—

A esto poco más ó ménos,
—y es muy sensible reforma,—
ha quedado reducido
el tipo de la manola;
mujer, antaño, arrogante
y de gracia seductora,

y ogaño, tipo averiado,
á veces lleno de roña,
muy mal vestida, sin gracia,
enteca, desgarbadota,
matutera, y por remate
sin zapatos y ¡con botas!

CAPÍTULO XVI.

LAS BOTAS ROTAS.

El poeta de guardilla,
y á veces el de salon,
que escriben con devocion
cuartilla sobre cuartilla;

—

el que lleva por la calle
la levita destrozada,
y, aunque esté la noche helada,
tiene que lucir el talle;

—

el que cuenta unas historias
horribles, despeluznantes,
y teme morirse ántes
de terminar sus memorias;

—

el que no tiene que hacer,
y te pide, sin cesar,
cuatro reales para dar
de comer á su mujer;

—

el que improvisa á destajo,
y escribe coplas de ciego,
y piensa arrojarse luégo
por el viaducto abajo;

—

los que de ser conocidos
alimentan ilusiones,
y llevan los pantalones
inundados de zurcidos;

—

el que no quiere estudiar,
sino á tu costa lucir,
y cuantos logran vivir
en Madrid sin trabajar;

—

el que una historia enjareta
y mil embustes ensarta,
ó te envía en una carta,
del médico la receta;

—

todos estos y mil más,
tunantes de profesion,
que te inspiran compasion
por delante y por detrás;

—

literatos de oropel,
siempre con el mismo apuro,
que si te sacan un duro,
luégo te quitan la piel;

—

y esos otros más veraces
pobres, que amparo merecen,
y con el alma agradecen
la caridad que les haces;

—

de la vida, y bien lo notas,
por la vía asendereada,
llevan la ropa averiada,
y llevan las *botas rotas.*

—

De los pobres verdaderos
nada tengo que decir;
sólo voy á describir,
como pueda, á los primeros.

—

Al tipo audaz, insolente,
algunas veces gracioso,
que suele ser envidioso
y, en fin, del tenor siguiente:

—

La escena puede pasar
en la esquina de un café;
un tipo sucio, ojeroso,
está á la puerta con tres,
que son poco más ó ménos
tan apreciables como él.
Hablan y es cosa de oirles,
aunque nunca de aprender.
—¿Tienes dinero?
—Ni un real;
perdí todo en un entrés,
y debo ya tantas copas,
que no me fia Daniel,
—Yo no he comido caliente
desde el cuatro de este mes.
—Pues, mira, toma un cigarro,
que eso calienta la piel.
—Estoy acabando un libro
que muy notable va á ser.
—¿Sobre?...
—Hasta luégo.
—Pero oye.
—No puedo; viene un inglés...
—¡Pobre muchacho! por *uno*

se asusta y echa á correr.
—¿Ha pasado ya?
—Sí, hombre:
yo tengo doscientos diez,
y cada dia hago siete;
y ¡tan fresco!; ya me ves.
—Me dá un temor...
—Vaya, chico,
que no vuelva á suceder;
tener ingleses es cosa
que dá cierto no se qué...;
hasta la nacion los tiene,
con que, ¿qué vamos á hacer?
—Pues os decia que el libro
será cosa buena.
—¿Y qué es?
Una historia muy curiosa
de literatos de prez,
de los *primeros poetas*
que tenemos.
—Bravo, bien.
—Pruebo en él que todos ellos
no valen un alfiler;
que roban cuanto publican,

ó que escriben con los piés;
con este libro me hago
célebre en un santiamen.
—Bravo, chico; mucho palo
á esa canalla soez,
que nos usurpa la gloria.
—¡Oh! ya vereis cuánto sé.
Campoamor es un coplero
que traduce del francés;
Alarcon, otro que tal,
y Nuñez de Arce, y Manuel
Revilla, y Ayala, y Serra,
y Valera, y más de cien
escritores populares,
admirados por doquier,
no hacen más que firmar todo
lo que les venden.
—Pardiez;
no sabía yo esas cosas.
—Aun te queda que saber;
en fin, ya verás el libro.
—¿Sale pronto?
—El dia seis.
—Por allí pasa un amigo;

tiene cuartos... ¡voy á ver...!

. . . .

—Este Pepe tiene maña;
pinta con tal desnudez
la miseria y los apuros,
que ya puede ser que esté
sacando á ese señorito
algunos duros...
—Tal vez;
ya vuelve. ¿Qué tal?
—¡Un duro!
Si es un *lipendi.*
—¿Quién es?
—Un chico que escribe coplas,
y libros más feos que él;
pero es rico por su casa.
—Por *eso*... lo fuí tambien,
y hoy me veo reducido
á almozar en el *Inglés*
ó en el *Ravioli*, si encuentro
quien unos *perros* me dé.
—Yo sí que estoy *dado á perros;*
perros nada más se ven
en mis bolsillos, y como,

—cuando acostumbro á comer,—
callos sólo en un figon
del barrio de Lavapiés,
ó en la calle de la Aduana,
ó en el Imperial.
—¿Y quién
se queja con esa vida?
Yo hago coplas á granel,
improviso como nadie,
escribo mejor que Liern,
hago versos clandestinos
y verdes á tutiplen;
redacto al Doctor Garrido
anuncios de *p* y *p*...
tengo mujer y chiquillos...,
que no son de mi mujer,
y reuno lo bastante
para comprar un cordel.
Yo como... si me convida
un chico de Santander,
que suelo encontrar á veces
en mi calle, la del Pez.
La patrona no me fia,
y, si no me echa, es... porque

casi siempre estoy *echado*,
como ella dice, *á perder*.
Los demás dias, *per istam*,
no pruebo bocado, aunque
otras veces suelo estar
de otra manera, *istam per*;
y eso que pido dinero,
y una tia de Aranjuez
me envia catorce reales
el dia de San Andrés.
Juego al monte, si tengo algo;
pierdo de un modo cruel,
áun cuando *levanto muertos*
que todo el mundo los vé.
Comedias hice dos carros,
y en la Infantil logré ayer
que me dieran, por dos de ellas,
una copa y un *beasteafk*.
Voy por las casas dejando
cartas en muy mal papel,
con suscriciones fingidas,
y así suelo recoger
de vez en cuando unos reales;
pero ya se cansan de

estas cosas los vecinos,
y yo me canso tambien,
y si no me pego un tiro,
á alguno me pegaré
hasta que me mate á palos,
y me envíe á Lucifer.
—Me ocurre un buen pensamiento.
—Siendo tuyo...
—Ya se vé.
Nos hacemos ricos pronto.
—¿Y qué es ello?
—Establecer
un par de casas de préstamos,
ofreciendo un interés
mayor que el que ofrece doña
Baldomera.
—Yo no sé...
—Calla, que ahí viene otro amigo.
—Ya le conozco; es un juez:
él siquiera sirve de algo;
con él en Soria estudié,
pero perdí la carrera
por las musas, y al fin... pues,
él es juez, y yo... es probable

que sea ladron.
—Juan, eh...
—A ver si te dá dos duros.
—Dejarme á mí... Ya vereis...

—

Y así sucesivamente
los demás de este jaez,
que no copio, porque todos
los conocemos muy bien.



CAPÍTULO XVII.

EL GRILLETE.

Aunque el grillete no es bota,
no obstante, oprime el tobillo,
y este *calzado* denota
que el que lo lleva es un pillo.

—

No es llave puesta en llavero,
la *ganzúa*, bien lo sabes;
y sin embargo, Guerrero,
la incluiste entre las *Llaves*.

—

Por lo tanto, ántes de abrir
esta tienda ó tenderete,
juzgo un deber incluir
entre *Botas*, el grillete.

—

Usa ganzúa el malvado
que sigue del mal la huella,
y es el grillete el calzado
para los que usan aquélla.

—

Porque el grillete es la marca
que el poder judicial tiene,
para el hombre que abre un arca
y roba cuanto contiene;

—

para aquel que por despecho
riñe, bebido ó celoso,
y á su contrario en el pecho
le abre un boquete horroroso;

—

para el hombre sanguinario,
criminal empedernido,
que vé en cualquiera un contrario
desde el dia en que ha nacido;

—

y para el mendigo que entra
de noche en una heredad,
y roba cuanto allí encuentra,
por pura necesidad.

—

Ninguno de estos cuitados
se libra del compromiso,
y los llamamos «*forzados*»
como si fuera preciso.

—

En cambio hay un aluvion
ó dos, de *gentes de bien*;
criminales de salon,
y de oficina tambien;

—

mujeres de quienes cuentan
detalles escandalosos,
y que sin reparo afrentan
el nombre de sus esposos;

—

conciencias empedernidas,
reputaciones de talco,
que causan en la honra heridas
ó cometen un desfalco;

—

hombres que heredan fortunas
sin saber de qué manera,
y mujeres que hacen unas
empanadas... (de ternera);

—

caballeros de ardimiento,
que, por escapar de un lio,
matan sin remordimiento,
porque es siempre en desafío;

—

y, en fin, el que logra ser
seductor de más de mil,
porque no tiene que ver
con él la Guardia civil;

—

todos (aunque no les pete)
los que así suelen obrar,
si bien no llevan grillete...
lo deberian llevar.

CAPÍTULO XVIII.

EL ZAPATO DEL TORERO.

—¡Olé, viva la gracia, viva el salero!
Es para un ramillete pintiparado.
—Pero ¿á quién te refieres?
—A aquel torero
que en la esquina del Suizo nos ha mirado.
Es un valiente espada, de los mejores;
y con toros de Salas hace primores:
esto lo dice él mismo; pero distingo,
yo sé lo muy medroso que está en la brega,
aunque gana lo ménos, cada domingo,
media talega.

Por dos horas escasas de hacer que hacemos,
gana más que un Ministro de la Corona,
y en dias de trabajo siempre le vemos
luciendo la sandunga de su persona.
Pantalon ajustado, botas flamantes,
y en la camisa algunos gordos brillantes;
calañés ó pavero de lo más caro,
nada de corbatines ni de tirillas,
y alguna vez, aunque esto va siendo raro,
grandes patillas.

—

Tal vez me haya olvidado de algun detalle;
mas de perfil, de espaldas y hasta de frente,
así es cualquier torero visto en la calle,
es decir, cuando suele ser más valiente.
Tipo español de raza, de Baco *aluno*,
es generoso á veces como ninguno;
sólo lleva zapatos cuando torea,
y, pues son las corridas tan celebradas,
justo es demos de ellas alguna idea
con tres plumadas.

A LOS TOROS.

—

Desde la Puerta del Sol,
que es donde empieza el jaleo
de la corrida anunciada,
dos horas ántes lo ménos,
cruzan echando demonios
más de mil coches diversos,
ómnibus de bote en bote
y averiados peseteros,
que conducen á la plaza,
entre gritos y entre ternos,
á los alegres vecinos
de la villa, y forasteros;
muchachas muy sofocadas
del calor y los aprietos,
menestrales, horterillas,
y modistas y extranjeros;
niñas con mantilla blanca,
cocineras con pañuelo,
militares de paisano,
chulos y niños de pecho;

porque la española fiesta
tiene siempre el privilegio,
de atraer juntas á todas
las clases de nuestro pueblo.
Todo es ruido y algazara,
y chistes, y chicoleos,
y saltos dentro del coche,
y bastantes veces... vuelcos.
Entremos, pues, en un ómnibus,
y, si es posible, sentémonos,
para escuchar lo que dicen
los que ocupan los asientos.

***

—Eh, aquí, á la plaza, á la plaza:
que me marcho y que no vuelvo.
—¿Hay asiento?
—Arriba hay cinco.
Eh, á la plaza, caballero.
—Pero, mayoral, ¿marchamos?
—Pero, mayoral, ¿qué hacemos?
—En seguida, señorito;
llegaremos en un credo.

—Sí; con el credo en la boca
tendremos que ir.
—Por supuesto.
Eh, á la plaza... arre, beata,
coronela, ríííííá... lucero...
Un inglés.—¿Estar muy léjos la *arena?*
Un chulo.—¿Qué arena?
—Taurina...
—Cuerno.
—Justo, el cuerno, donde vamos.
—¡Ah! no señor, no está lejos;
en llegando, en seguidita
se encuentra usté allí.
—Ya entiendo.
¿Y quién morir hoy?
—El toro.
—Yo no querer decir eso,
sino quién ser las espadas.
—(Me paice á mí que le pego
á este tio.) Pus... Lagarto,
y luégo y dimpués Frascuelo.
—¿Frascuelo ser picador?
—¿Picador?... pues ya lo creo;
y muy valiente, *sarasa*.

—¿Cómo ha dicho usté, *sereso?*
—¿Se *quié* usté quedar conmigo?
—Yo voy á un palco, y no puedo.
—Cállate, Juan; no te entiende.
—El demonio del abuelo...
—¿Qué has tomado?
—Dos del uno;
como traigo á la Remedios...
—Yo tuve que ir á empeñar
los tirantes y el chaleco.
—Pues yo, por *mor* de esta prójima,
empeñé ayer el brasero,
y así la traigo á los toros,
y la convido á refresco,
aunque mañana no coma
ó duerma...
—Sí, ya; en el suelo.
—Pero es que los toros, chico,
me causan á mí un efecto,
que aunque no tenga dos reales
para poner el puchero,
no pierdo ni una corrida.
—Ni tampoco yo la pierdo.
El inglés. —¿De quién ser los toros, *cóven?*

—(Hombre, me carga este viejo.)
Pues deben ser de... su padre
y de su madre.
—Grosero.
—¿Qué ha dicho usté?... si no fuera
por los toros...
—Eh, qué es eso;
haya paz...
—Ahí viene Paco
Calderon, en un jamelgo.
—Y en aquel coche Lagarto.
—¡Viva la gracia, salero!
—Pues los de hoy son de Miura.
—Sí señor, y de los buenos;
y va á haber una *jindama*...
El inglés. — ¿Qué ser *jindama?*
—Ser... miedo.
—Vaya, ya llegamos: corre,
porque hay que coger buen puesto,
junto á la contrabarrera.
—Lo que es allí no me atrevo;
y además voy con la *Chata*,
que le gusta estar más léjos.

—

EN LOS TOROS.

—

—Adios, Manuel.
—Hola, amigo.
—¿Usted aquí, don Ignacio?
—Hombre, sí; en habiendo toros,
con mi gota y con mis años
vengo siempre.
—Buena entrada
va á tener hoy don Casiano.
—¿Y qué tal los bichos?
—Buenos:
estuve en el apartado,
y son de libras, y pegan...
El inglés. —¿Con qué pegar?
—Con un palo.
—¿Quién es ese?
—Es un inglés
que se quiere ir enterando,
y á todo el mundo pregunta...;
vamos á pasar buen rato.
—¿Qué asiento tiene usted, mister?

—Mire usted, creo que es palco.
—¿A ver...? Centro-grada, nueve...
Hombre, si estamos de lado.
—Me alegro.—De esa manera
usté poder explicando...
—Sí señor, con mil amores.
—Con amor no es necesario.
—Venga usté á ver los toreros,
que ya deben ir llegando.
—Ser muy bonitas las majas
con esos pañuelos blancos
á la cabeza; me gustan.
—No son pañuelos.
—¿Ser trapos?
—No señor, son las mantillas.
—¿Van en mantillas...?
—Qué ganso:
ahí tiene usté á Lagartijo;
hola, Rafael; ¿cómo vamos?
Rafael. —Estoy partido.
El inglés. —Carramba;
pues no veo los pedazos.
Oiga, señor *Lagartica*,
¿por qué llevar ese rabo

en la cabeza...?

—Es la moña.

—Estar usté mucho guapo.

—Ya ha llegado el Presidente.

—Vaya, á la plaza, muchachos.

—Buena suerte.

—Muchas gracias.

El ingles. —Que no se rompa usted algo.

—

—Mucho; buen tino ha tenido
el Presidente.

—Lagarto,
á ver si te luces, hombre.

—Trae aquí el capote, Pablo.

—Hola, tumbon.

—Adios, Chuchi.

—Salvador, mucho cuidado.

—¡Quién queria el agua... aguááá!...

—Sentarse, señores, vamos.

—El primer toro: buen mozo;
qué arrogante y qué parado.

—¡Buena vara!

—¿Quién ha sido?

—Calderon; que tiene un brazo...

El inglés. —¿Es Calderon de la Barca?

—No señor, este es del barco.

—Chuchi, al toro... al toro...

El inglés. —¿Un chucho? quién ser...

—El que va montado.

—Vaya un marronazo... ¡pillo!... Tunante, á la cárcel.

El inglés. —¡Diablo; ir á la cárcel por eso!

—Mucho; buen quite.

—Ser bravo ese torero.

—Es Frascuelo.

—Pastor, no recortes tanto.

El inglés. —Yo no veo que recorte nada...

—Para suerte, Paco: siempre cae de piés.

—Al toro, Juaneca... Mucho... Caballos,

—Caballos... ¡Vaya un servicio!
—¡Qué herradero!
—¡Bruto, bárbaro!
El inglés. —Se van á pegar.
—No hay miedo;
ya están bien acostumbrados.
—Eh...
—Eh...
—Eh...
—¿Y las banderillas?
—Vamos, por fin han tocado.
—Ya salen los mozos cruos.
El inglés. —Mejor dirá usté quemados.
—Mucho; buen par al relance.
El inglés. —¿Y quién las ha puesto?
—El *Gallo*.
El inglés. —¿El gallo...? Pues no le veo.
—¡Vaya un torito marrajo!;
cómo se entablera; calma,
que te va á dar un mal rato.
—Eh... ya lo enganchó.
El inglés. —¿Qué ha sido?
—No ha sido nada, un puntazo.
—Si no es por Frascuelo y Angel...

—Y *Cuatro dedos.*
—¡Canastos!
¿Dice usté que cuatro dedos
le ha entrado el asta?
—Al contrario.
—Ya va á matar Lagartijo.
El inglés. —¿Y qué dice...?
—Está brindando.
—A ver si matas al toro
de un volapié hasta la mano.
—Buen pase de pecho; mucho.
Bien.—¿Ha visto usté qué cambio?
El inglés. —¿Cambio? no señor; no he visto.
—Aún no, que no está cuadrado
el toro.
El inglés. —¿Cuadrado el toro?
No lo estará en muchos años.
—Ahora, Rafael, aprovecha;
anda, que tú eres el amo.
—¡Soberbio!
—¡Bien!
—¡Qué magnífico
volapié le ha propinado!
—No necesita puntilla.

El inglés. —¿Puntilla un toro?
—Un cigarro.
Mister, venga la petaca.
El inglés. —Pero ¿qué hace usté? carrambo;
vuélvame usté mi sombrero.
—Hombre, no; si voy á echárselo
al matador.
—¿Qué, no tiene?
Déme usté, estoy resfriado.
—Allá va... Rafael, Rafael.
El inglés. —Usté tendrá que pagarlo.
—Ya tiene usté aquí el sombrero.
—Mire usté qué pisoteado.
¿Y la petaca?...
—Eso no;
porque ese ha sido un regalo
que usté le hace.
—Muchas gracias;
adios, señores, me marcho.
—Vaya usté con Dios, sarasa;
¡que baile!
—¡Vaya un bromazo!
—Sentarse, que sale el toro.
—Hombre, mire usté á aquel palco

qué pié asoma.
—Muy bonito.
—Eh, que se ve...
—Ese zapato...
—Allí se matan.
—No es nada.
—Hombre, vaya un naranjazo
que le han pegado á aquel viejo.
—Pues allí siguen los palos.
—Pastillas y caramelos.
—Eh, los del agua, que mancho.
—Le digo á usté que esa ha sido
recibiendo.
—No, *aguantando.*
—Que sí.
—Que no.
—Por supuesto:
usté será de Lagarto;
porque entiende usté de toros,
como yo de pintar patos.
—Lagarto es mejor que nadie,
siempre con los piés *paraos*,
y no como ese...
—Silencio.

—¿Escribe usté en *El Enano?*
—Oiga usté, que no permito
esas bromitas; ¿estamos?
—¡Ay, qué miedo...! usté perdone...
—Que le largo á usté un sopapo.
—Eh... que se pegan; silencio.
—No lo entiende usté.
—Al cadalso.
—Allí está el Doctor Garrido...
—¿No está en su farmacia?
—Claro.
—¿Tienes ahí la panacea?
—Hola, Doctor, ¿cómo vamos...?
—Que salude...
—Que se vaya...
—Doctor, cura ese caballo.
—Doctor, cómprale naranjas
á ese chico.
—Escucha, Pablo;
bríndale unas banderillas
á Garrido.
—Bien, muchacho;
buen volapié ha sido ese.
—Rafael, suplica á tu hermano

que dé al toro la puntilla...;
¿no ves? ya lo ha levantado
—Una.
—Dos.
—¡Qué puntillero!
—Tres.
—Al corral.
—Fuera.
—Cuatróóó...!!
—Fuera enterradores.
—Vaya,
á la quinta has acertado:
á ver si el año que viene
te contrata el empresario...

—

Y así, poco más ó ménos,
continúa este bromazo,
hasta que al último toro
se lo llevan arrastrando.

—

14

DE LOS TOROS.

Y despues de terminada
la corrida felizmente,
ó de otra peor manera,
como ocurre algunas veces,
vuelven las gentes á casa,
pero ya no tan alegres,
sino mohinos y roncos
de gritar al Presidente,
y á los toreros maulones,
como lo son casi siempre.
Cada cual defiende un lance
de capa, ó alguna suerte
del torero predilecto,
que tiene por más valiente,—
porque tambien en la plaza
hay partidos, y eso es de ene.
Quién recuerda, muy contento,
que ha tropezado en un pliegue
de la capa de Frascuelo,
y le ha oido hablar de frente;

ó jurar á algun piquero,
ó soplar á Villaverde;
quién cuenta que se ha lucido
diciendo veinte mil pestes
al Presidente porque
no mandó poner rehiletes;
quién que ha dado un puro á Pablo,
y así sucesivamente;
afirmando todos que
más á los toros no vuelven
hasta... la corrida próxima,
que es lo que siempre sucede.
Y entre tanto los toreros,
intactos ó con un siete
en la *taleguilla*, en coche
van á ver á sus mujeres,
que esperando su regreso
están rezando impacientes,
y á la Vírgen y á algun santo
dos ó tres velas encienden.
Saliendo bien de la lidia,
ya están los chicos corrientes,
sin tener ocupaciones
hasta... el domingo que viene;

se quitan el trajecillo,
y al *Imperial* á las nueve,
á contarse la corrida,
mirando pasar la gente.
Es verdad que algunos de ellos
en la misma plaza mueren;
mas son gajes del oficio,
que con tanto gusto tienen:
y mientras haya españoles,
habrá toreros muy ternes,
que, aprendiendo en los novillos,
que es donde todos aprenden
á lidiar toros de libras
y toda clase de reses,
ponen despues unos palos,
que sirven de mondadientes
al bicho, pues se los ponen
en la boca muchas veces;
y luégo, con los de puntas
y de cinco años se atreven,
y sufren algun puntazo
en el sitio que más duele;
más tarde, salir consiguen
á provincias, á Albacete

por ejemplo, y á la postre
á la villa y córte vienen,
con un torero de invierno,
que á torear se compromete
en verano, y ya está el chico
dando que hablar á la gente,
hasta que la *alternativa*
una tarde le conceden,
y contrata su cuadrilla,
y es espada que promete;
pero yo opino que, al cabo,
la aficion ha de perderse,
y se acabarán los toros,
y los toreros—se entiende;—
quedando, á lo sumo, para
que esta proeza recuerde,
algun cuadro de Valdivia,
ilustrando las paredes.



CAPÍTULO XIX.

LOS CHANCLOS DE GOMA.

El popular calzado,
de más sencilla forma,
que se usa cuando llueve
para cubrir las botas,
es de seguro el chanclo,
—pero ha de ser de goma,—
que no distingue sexos,
edades, ni personas.

—

De charolado brillo
mientras se tiene en casa,

recibe por las calles
innumerables manchas.
Conserva el pié caliente;
de la humedad le guarda,
y no hace ruido, porque
en vez de andar, resbala.

—

Como ningun sujeto
los usa si no llueve,
y están encerraditos
en casa, casi siempre,
de su prision forzosa
se vengan muchas veces,
porque, si resbalamos,
nos parten por el eje.

—

Se ven favorecidos
por chicos y por grandes,
desde el hortera humilde
á la elevada clase;

y como sin las botas
no se los pone nadie,
casi aseguro que esto
bastante mal les sabe.

—

No pueden ir ocultos
debajo del vestido,
cuando de alguna niña
guardan los piés chiquitos.
Si la mujer los lleva,
de todos es sabido
que han de enseñar con ellos,
lo ménos, el tobillo.

—

Por él, algunas veces,
el seductor tunante,
sube por la escalera
sin que le sienta nadie;
y puede hasta la sala
sin miedo deslizarse,

para encontrarse cerca
de una mujer amante.

—

Pero aunque son tan buenos,
permitireis que diga
que no se hallan conformes
con su *arrastrada* vida;
y que el quedarse en casa,
si están las calles limpias,
les pone muy furiosos,
y es natural, se irritan.

—

Por eso, como puedan,
nos hacen caer al suelo,
y que en el barro, el traje,
se ponga como nuevo.
Por eso nos calientan
los piés como un brasero,
y hacen que se nos tuerzan
alguna vez, por eso.

—

No obstante, era muy justo
que el compasivo chanclo,
tuviera en este libro
su puesto reservado.
Porque él libra las botas
de nieves y de barros,
y hace que las mujeres
puedan lucir sus bajos.



CAPÍTULO XX.

LAS ALPARGATAS.

Dejemos la ciudad por un instante:
vamos á respirar aires mejores;
volvamos á los vicios el semblante,
y por sendas de flores,
y, entre campos de espigas y amapolas
busquemos en sencillos labradores
las antiguas costumbres españolas.

—

Es opinion corriente
que la honradez y la virtud más pura,
—heridas por los vicios de la gente

y en busca de morada más segura—,
huyeron á la aldea sosegada,
donde el vicio moderno no halló entrada.

—

Y en verdad que, acertado
es discurrir, lector, de esta manera,
porque sólo la aldea se ha librado
de las plagas que cruzan la frontera.
No hay en los pueblos modas,
ni vida de salon, ni pretendientes,
y es la mujer honrada, como todas
las que aprenden á serlo en sus parientes.

—

El cielo azul, hermoso,
el aire puro, la dorada espiga,
el aspecto del campo prodigioso,
la viña y el otero,
del ruiseñor gentil la voz amiga,
que se une á los balidos del cordero,
y el sagrado tañir de la campana,

que apenas amanece
entona á los reflejos de la aurora
(—heraldos de la luz de la mañana—),
un canto que piedades atesora
y venido del cielo nos parece:
todo eso es natural que nos encante,
y hubo un tiempo tambien en que yo mismo
de tanta sencillez me ví delante,
y tal quedé prendado,
que no juzgué heroismo
vivir así de todos olvidado.

—

Pero... vamos, lectores, con franqueza:
yo que apuré los goces pastoriles
en el monte, en la aldea y la campiña,
—y áun todo en una pieza,—
digo que es una ganga, ó una viña,
la vida, de los pueblos, española,
que tenemos metida en la cabeza;
y que siento (copiemos á Argensola)
que no sea verdad tanta belleza.

—

Hay virtud en algunos, no lo niego,
entre esos apreciables ciudadanos,
que tienen, trabajando sin sosiego,
destrozadas las manos;
sencillos las más veces,
vestidas las mujeres de estameña,
y ellos con calzon corto y alpargatas;
pero en fin, todas esas candideces
con que tu mente sueña,
te lo afirmo, lector, son pataratas.

—

Como decimos hoy, se han *picardeado*,
y la parte mayor de campesinos
que en humildes aldeas se han criado,
son arteros, ladinos,
murmuradores, súcios, envidiosos,
jugadores tambien, lividinosos,
pendencieros, y en fin, se han dado casos
de maltratar el cónyuge á la esposa,
ó dispararle un tiro á cuatro pasos
á cualquier infeliz, por cualquier cosa.

—

Sin saber escribir, como es corriente,
se meten en política á su modo
cuando algun orador archi-elocuente,
protector, segun él, del proletario,
—aunque sea haragan ó esté beodo,—
les dice que aceleren el momento
de repartirse todo
lo que tiene el llamado propietario.
Y escapan de las eras,
si hay que formar partidas,
y se baten entónces como fieras
que abandonan por hambre sus guaridas.

—

Esta es la sencillez tan decantada
y lo que la alpargata significa;
antaño honrados, de virtud probada,
laboriosos, contentos con su suerte,
y ogaño—porque todo fructifica,—
contagiados tal vez con nuestros vicios,
recogerás semillas de la muerte
aunque siembres entre ellos beneficios;
porque hasta los que cuidan los rebaños

perdieron sus antiguas cualidades...;

. . . .

y es que tambien allí pasan los años,
lo mismo que en las villas y ciudades.

CAPÍTULO XXI.

EL ÚLTIMO PAR.

¡Y es natural! Llega un dia
en que el alma que tenemos
dice: «Pues, señor, me canso
de vivir en este cuerpo,»
y esta ingratitud del alma,
es claro, nos deja muertos;
pues los cuerpos abandona
mientras va á ver á San Pedro,
y allí le toman la cuenta,
y segun lo que haya hecho,
se va al infierno de un salto,
ó entra á ocupar un asiento
entre otras almas, que habitan

muy contentas en el cielo.
Cuando álguien muere, qué modo
de llorar y hacer pucheros,
tienen algunas personas
que en vida le conocieron,
y cómo se borran todos
los infinitos defectos,
que hallaban en el difunto
sus amigos y sus deudos;
pero pronto se consuelan
los sensibles caballeros,
y una vez cerrado el nicho,
si te he visto no me acuerdo.
No hay más que un dolor profundo,
infinito, verdadero,
que es el dolor de los padres;
los demás se calman presto,
como se vé cada dia,
y acaso cada momento.
En rigor, si siempre el llanto
demuestra entrañable afecto,
opino que no debíamos
tomar esto tan á pecho;
pues si la vida es un tránsito

y en otra vida nos vemos,
todo se reduce á un viaje,
que unos hacen con más tiempo,
y otros despues; pero al cabo,
puesto que todos lo hacemos,
con decir: «Hasta la vista,»
ó si se quiere: «Hasta luégo,»
podemos quedar *en tierra*
más tranquilos por lo ménos.

Pero, en fin, dejando á un lado
lo del viaje,—porque pienso
que tendré algunos lectores
que no creen, acaso, en esto,
y si no creen los cuitados,
tanto peor para ellos,—
vamos á ver qué sucede
cuando se muere un sujeto,
que vino al mundo chillando,
y al otro se va en silencio.
Pues bien; reparad, lectores,
como lo que digo es cierto:

los que su muerte esperaban,
cuando disponen su entierro
le visten del mejor modo,
y *con botas*, por supuesto,
como si fuera á enfriarse
sin botas ó trapos viejos.
Con botas puestas le llevan
al sagrado cementerio,
y allí se quedan con él
disgustadas del encierro,
hasta que con él se van
en polvo vil convirtiendo.

—

¡Ah! ¡si hablaran esas botas...!
Nos dirian, por ejemplo:
—«Nosotras le acompañamos
por calles y por paseos;
fuimos un dia á los toros,
y una tarde al Ministerio;
nos compró dos meses ántes
de morirse; tuvo un pleito,
volvió á casa digustado,

comió langosta y conejo,
se acostó, durmió tranquilo,
y se le pasó ya aquello;
pero le dijo su novia
al otro dia, muy quedo,
que se casarian para
el dia de San Lorenzo,
y es natural, desde entónces
se fué poniendo tan serio,
y poco despues tan malo,
y un poco despues tan lelo,
que se ha muerto esta mañana
seguramente por eso.
Tenía treinta y seis años,
un destinillo en correos,
aficion á las mujeres,
y á la vida gran desprecio.
Vivia siempre en la córte;
su padre estaba en un pueblo,
y vino á escape á cuidarle
gastando mucho dinero;
pero por más medicinas,
y especialistas y médicos
que han venido á visitarle,

—el Doctor Garrido entre ellos,—
nuestro amable propietario
al fin no tuvo remedio,
porque en cuanto vió á Garrido,
no es broma, se quedó yerto.
Que deja el *oro* y *el moro*
ha dicho en su testamento,
y algun inglés que tenía
ha venido para verlo,
y ahora resulta que *el oro*
es *el loro*, un loro bueno
que le regaló un amigo,
y que sabe hablar flamenco;
y *el moro*... iba á ser su suegra,
más que mujer, coracero,
que al yerno, ántes de casarse,
ya le arrancaba los pelos.
En fin, nuestro pobre amo
tuvo ilusiones á cientos;
pensó algun tiempo ser célebre
con unos cuadros pequeños
que pintaba por capricho,
y no vendia ni medio:
luégo se metió en política,

y llegó á ser comunero,
y casi le fusilaron
una vez, en un jaleo.
Y el dia que cerró el ojo,
dicen que estaba diciendo:
«Yo no nací por mi gusto,
y de morirme me alegro;
porque ya estaba aburrido
de trabajar, tener sueño,
comer, tener acreedores,
ir ilusiones perdiendo,
ver que los hombres son malos,
y tambien el bello sexo;
tener que afeitarme solo,
hacer el bien por hacerlo,
y recibir desengaños
de los hombres más perfectos;
ser el dinero el preciso
hasta para llevar cuello,
y destinar unos miles
para darlos al Gobierno;
resfriarme á cada paso,
sudar y ponerme enfermo,
por las mil enfermedades

que nos salen al encuentro.
Y al fin, si esto de la vida
consistiera en ser eterno,
con ilusiones y nunca
con el temor de ser viejo...;
pero, nada, lo he probado;
la vida es un caramelo
que lleva el Tiempo en la boca,
y allí se va deshaciendo...
Con que así..., demos el paso,
porque esa ventaja llevo
á los que lo den más tarde
que yo; lo dicho: ¡me muero...!»

—

Y así terminó la vida
de este aburrido, en un verbo.

***

Nada; la muerte es, lectores,
la verdadera igualdad;
por más que invente la ciencia

la manera de curar,
ó se hagan experimentos
para no morir jamás;
llega el dia, y es probado
que, desde el pobre patan
hasta el mismo Cárlos Quinto,
—que se halla en el Escorial
encerrando su grandeza
en siete palmos no más,—
todos pagan á la muerte,
sin poderlo remediar,
la *falta* de haber nacido,
con la pena capital.
¿De qué sirven los entierros
con toda solemnidad?
De nada; el muerto no sabe
lo que le hacen los demás,
ni si llevan muchos coches
cuando á enterrarsele va;
y despues de todo, llegan
á alguna sacramental,
le rezan cuatro responsos,
cierran el hueco, y en paz;
los que allí fueron se marchan;

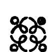
le olvidan, y allí se está
hasta que suene el clarin
que anuncie el juicio final.

—

Si es soltero, sus amigos
hablan de él un mes quizá,
y despues ya no se acuerdan,
porque no hay necesidad.
Si es casado, su señora,
acaso, le llorará;
hasta que ya la viudez
le pese como un costal,
y haya álguien que la persuada
de que se vuelva á casar.
Si es una niña bonita,
muerta en la flor de la edad
por un amor contrariado,
el novio la olvidará;
si acaso es un viejo rico
que se muere sin dejar
hijos, ni mujer, algunos
sobrinos le heredarán,

y, aparentando cariño,
le querrán embalsamar,
no por conservar el cuerpo
del tio, sino quizá
para que ya nunca pueda
la cabeza levantar,
y quedar bien convencidos
de que en la vida podrá
venir á pedirles cuentas
de su pingüe capital.
Si es un literato ilustre,
grandes funciones se harán,
dedicándole coplitas
poetillas en agraz,
y en hacerle un mausoleo
más de cuatro pensarán,
y al fin, solo y olvidado,
en un nicho quedará;
hasta que á hacerle justicia
venga la posteridad.
Si es una suegra, su yerno
de seguro bailará;
y en fin, ya que todos saben
que esta es la ley natural,

y al que se muere lo entierran,
aunque sea el Preste Juan;
lo mejor es no ocuparse,
ni estos asuntos tomar
por lo serio, como dice
el pueblo en este cantar:
«Al que se muere lo entierran;
¡mira qué pago le dan!
Diviértete, vida mia,
que luégo te morirás.»



CAPITULO XXII.

¡DESCALZOS!

Mi libro va concluyendo,
y estoy por las calles viendo
mil pobres que, yertos, mudos,
se están de frio muriendo,
y llevan los piés desnudos.

—

Antes, pues, de concluir,
dos cuadros quiero escribir
de estos pobres sin hogar,
que si no pueden vestir,
ménos se pueden calzar.

***

I.

Pidiendo de puerta en puerta,
cruzando calles y plazas,
con su hermanito en los brazos
y mucho amor en el alma,
y una saya mal zurcida,
y sin padres, y descalza,
de la caridad de algunos
vive una pobre muchacha,
sin otro amparo que el cielo,
ni más bien que su esperanza,
— que es el bien más venturoso,
puesto que del cielo emana,
y son los dones del cielo
aquellos que nunca acaban.—
Contentos con su pobreza
nunca los dos se separan,
porque ella adora en su hermano,

y él no vive sin su hermana;
— que es el fraternal cariño
pura y bendecida llama,
que, del maternal regazo,
toma la esencia más casta,
y el mismo Dios la alimenta,
y ya en la vida se apaga.—

—

Juntos los dos hermanitos,
él en sus brazos se ampara,
y ella orgullosa le lleva,
pues ser su madre le halaga;
y mirándose en sus ojos
se olvida de su desgracia,
y ni el cansancio la rinde,
ni el porvenir la acobarda.
Ella le cuida, le arrulla,
le enseña dulces plegarias,
le abriga, si tiene frio,
y le vela, si descansa,
y cuando de algun banquete
recoge secas migajas,

como si fuera su madre,
le dá la mejor vianda.
Ella, en las noches de invierno,
frias y tristes y largas,
le anima mucho y le mece,
y con cariño le abraza...

—

Si en el festin de la vida
pensamos en la desgracia,
y encontramos estos niños,
no les volvamos la cara:
no desoigamos sus quejas,
que van envueltas en lágrimas.
¡Qué fuera del pobre huérfano
sin el amor de su hermana!
¡Qué fuera de ellos, si un dia
la caridad les faltara!
No hay nada tan grato, como
ejercer virtud tan santa;
que ella es el lazo que une
á Dios con las buenas almas.

***

II.

Errante peregrino,
del mundo en el desierto,
camina á la ventura,
en Dios su pensamiento,
de una ciudad en otra,
de un pueblo en otro pueblo,
el saboyano triste,
descalzo, acaso enfermo,
sin más guia ni amparo,
que el que halla siempre cuando mira al cielo.

—

Cuando en calles y plazas
luce el mono travieso,
á los que forman corro,
sus saltos y sus gestos,

hay álguien compasivo
que tal estado viendo,
socorre su indigencia,
y ayuda á su sustento,
con limosnas y harapos,
para abrigar sus ateridos miembros.

—

Pero hay dias crueles,
dias para él eternos,
en que mendiga... y no halla
el preciso alimento.
Con el mono, tan flaco
que dá lástima verlo,
quizá pasa la noche
de una puerta en el hueco;
.....¡quizá muere de frio
en las heladas noches del invierno!

—

El alba le sorprende
acaso sin aliento,
las manos ateridas,
desfallecido el cuerpo.

Y en tanto que la aurora
difunde sus reflejos,
dando alegría al campo
y animacion al pueblo,
el niño moribundo
fija sus negros ojos en el cielo.

—

. . . .

Si hallas, lector, al paso,
por calles y paseos,
los pobres saboyanos,
acude á socorrerlos.
De la humildad cristiana
te dan precioso ejemplo.
¡Quizá no tienen padres,
ni hospitalario techo...;
.....quizá mueren de frio
en las heladas noches del invierno!



CAPÍTULO XXIV.

MIS BOTAS.

Está muy puesto en razon,
lector, y es lo regular,
que haga en esta coleccion,
á mis botas un lugar.

—

Mejores no pueden ser;
es un par tan superior,
que yo no espero tener
en la vida otro mejor.

—

Me dejan los piés holgados,
—(este es un gran beneficio),—
y ya me llevan prestados
cinco meses de servicio.

—

Á cualquiera parte vienen
conmigo alegres, y noto
que todavía no tienen
ni un descosido ni un roto.

—

Ignoro de qué serán;
pero es mucha mi alegría,
cuando reparo que están
lo mismo que el primer dia.

—

Yo me las llevé al Moncayo,
un monte que es, segun creo,
por la estatura, tocayo
del altivo Pirineo.

—

Lo que anduve por allí
nadie lo puede saber,
y más de una vez me ví
con precision de correr.

—

Era un camino divino;
no pasaban ni los carros,
y estaba todo el camino
salpicado de guijarros.

—

Pues bien; aunque el piso era
de la manera que cuento,
no balbucearon siquiera
ni una queja, ni un lamento.

—

Á aquella altura han subido;
muchas veces se mojaron,
y jamás se han *sonreido*
del julepe que llevaron.

—

Y áun cruzando intransitables
caminos, de piedras llenos,
se encuentran hoy presentables
para seis meses lo ménos.

—

Salgo á la calle, lectores;
encuentro mil botas rotas,
y en cambio, entre las mejores,
se pueden poner mis botas.

—

Orgullo puedo tener;
pues con tanto trabajar,
aún queriendo, ó sin querer,
me hacen un pié... regular.

—

No temo que se descosa
ninguna; fuertes, enteras,
pueden pisar cualquier cosa
de las que hay por las aceras.

—

De elogiarlas nunca dejo,
y no hacerlo fuera injusto;
pues cuando el par se haga viejo,
voy á tener un disgusto.

—

Lectores, en conclusion,
creo que tengo razon
y que no es exagerar,
si digo con efusion:
¡merece ser *par*, mi par!

CAPITULO XXV.

MALOS PASOS.

Conozco un Antonio, bonito de veras,
con pelo en la frente, con muchas ojeras;
le gustan los toros, le gustan las mozas,
y habita una casa del barrio de Pozas.
Tenorio terrible se juzga el *indino;*
pero (en confianza),
¡es... sietemesino!

—

Salió la otra noche buscando aventuras;
cruzó varias calles que estaban á oscuras;
siguió á una muchacha de rostro excelente

que, sola, cruzaba la plaza de Oriente,
y unos piés tunantes atisbó al descuido,
cuando la muchacha
se alzaba el vestido.

—

Antonio, encantado de aquella botina,
se vé atropellado por una berlina;
repuesto del susto, prosigue de nuevo,
corriendo de un modo que yo no lo apruebo.
La niña le observa, se rie, se pára,
y al verle á su lado
le cruza la cara.

—

Corrido y confuso se queda el mocito,
al ver que no choca su rostro bonito;
y en tanto, la niña, su marcha siguiendo,
y á veces, curiosa, la cara volviendo,
creyendo que el pollo ya no la seguia,
del Sol, en la Puerta,
se acerca al *tramvía*.

—

Mas, pronto Antoñito, corriendo tras ella,
llevando un carrillo color de grosella,
de nuevo la sigue, la busca afanoso,
la ve en el *tramvía*, se juzga dichoso,
se sube de prisa, y es claro, tropieza,
y el pobre muchacho
se cae de cabeza.

—

Se rie la jóven con mucho salero,
y entónces Antonio, partido el sombrero,
la cara y la ropa de barro rellenas,
molido, y sin gota de sangre en las venas,
asciende al *tramvía*, que al fin se ha parado,
y al ver á su amada
se sienta á su lado.

—

Su amor impetuoso le cuenta al oido,
y entónces la niña se arregla el vestido;
en tanto que un chulo, que todo lo oia,
y estaba tan gordo como una sandía,

fingiendo que un rato dormido se queda,
le quita el pañuelo
y el porta-moneda.

—

Antonio, juzgando segura conquista
la de una muchacha tan guapa y tan lista,
le ofrece pastillas de la Mahonesa,
en tanto que en frases ardientes se expresa.
Le dice que en fuego de amores se abrasa,
y, en fin, que en seguida,
si quiere, se casa.

—

La jóven sonrie, y Antonio, contento,
desea á su amada pagarla el asiento,
creyendo afirmada su dicha completa;
mas vé que no tiene ninguna peseta;
¡qué digo peseta! ni un real, ni un ochavo;
y el chico se pone
lo mismo que un pavo.

—

Entónces la niña le llama roñoso;
el hombre que cobra se pone furioso;
se pegan, y un pollo de espléndido porte
termina el jaleo, pagando el importe.
Y dándole gracias por tanta finura,
Antonio de nuevo
sentarse procura.

—

Enfrente de Antonio venía un marido
con una señora de buen parecido.
Antonio, á una vuelta del coche, violenta,
encima de aquella señora se sienta:
se irrita el marido, le dá un apabullo,
y dentro del coche
prosigue el barullo.

—

Por fin se apaciguan, y ya conmovida
desciende la jóven, del chulo seguida.
La sigue Antoñito, y aquel ángel bello
se va por la calle de Claudio-Coello.

Se mete en su casa; Antonio se espera,
y el chulo le mira
de mala manera.

—

De pronto Antoñito se siente mojado;
desde un tercer piso me le han bautizado;
se marcha muy serio, y encuentra en la acera
al chulo del coche, que le arma quimera.
Se emprenden á palos, pero de tal modo,
que al fin se los llevan
atados y todo.

CAPÍTULO XXVI.

LOS PIÉS Y LA CABEZA.

(Relaciones.)

Son honestas relaciones,
y digo que son honestas,
porque, aunque se quieren mucho,
nunca para hablar se acercan;
ni se ponen en contacto
un solo instante siquiera,
y no se entienden por cartas,
pero se entienden por señas.

Siempre que los piés se enfrian
se incomoda la cabeza,
y si ésta con el trabajo
se sofoca y se calienta,
los piés se quedan entónces
como un sorbete de fresa.

—

Cuando los piés están malos,
tambien lo está la cabeza;
que no puede ver tranquila
que sufren ó que cojean.
Y cuando, por el contrario,
es la cabeza la enferma,
y se pone tan pesada
que no concibe una idea,
entónces los piés amantes
á dar un paso se niegan,
porque no saben andar
si su amada nó los lleva.

—

Tanto es así, y tan humildes
y serviciales se muestran,
que la cabeza les manda,
y van donde quiere ella,
sin que por nada del mundo
manifiesten resistencia.

—

La cabeza es el timon,
que el humano cuerpo lleva,
para encaminar los piés
de la vida por la senda.
Los piés obedecen siempre,
la cabeza sólo ordena,
aunque no les es posible
á los piés obedecerla
cuando enferman, porque entónces
no hay voluntad que los mueva.

—

Ellos son del sexo feo,
y del bello sexo ella,

y por esto se comprenden
todas estas diferencias,
hasta el punto de que ocurre,
(—y es bueno tenerlo en cuenta,
para que se vea cómo
la cabeza, por ser hembra,
es ingrata como todas
las mujeres de la tierra—),
que áun cuando los piés enfermen
y cortarlos nos convenga,
para evitar otros males,
—bien solos ó con la pierna,—
la cabeza se entristece
entónces y se lamenta,
y se resiente un buen rato,
y casi se desconsuela,
con lo cual puede decirse
que el hombre que así se encuentra,
—aunque suponga otra cosa,—
no tiene *piés ni cabeza;*
pero se anima muy pronto,
y poco á poco se alegra,
aunque aquellos piés de carne
sean despues de madera,

porque se arregla con ellos,
¡ya lo creo que se arregla!
y si no anda tan de prisa
como anda, vive contenta.

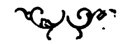
—

Cuando la cabeza en cambio
á darnos vueltas empieza,
ó nos duele horriblemente,
ó se nos parte, ó se quiebra,
ó le hacen un agujero
con una bala en la guerra,
los piés se quedan tan tristes,
que por no mirarla muerta,
se mueren al mismo tiempo
y con ella los entierran.

—

Y como canso á la mia
con este romance en *ea*,

y quiere qúe ande un poquito,
voy, lector, á complacerla,
y á terminar mi trabajo
y á dar el libro á la imprenta.



CAPÍTULO XXVII.

PONERSE LAS BOTAS.

(Letrilla.)

En el mundo, y sobre todo,
en la nacion española,
los hombres y las mujeres,
tomándolo todo á broma,
no tratan de distinguirse
con acciones virtuosas;
de lo que tratan, lectores,
es de... *ponerse las botas.*

La soltera que ha llevado
una vida borrascosa,
y es censurada por todos,
—pero mucho más por todas,—
y encuentra un dia un bendito,
que es rico y le habla de boda,
y al fin se casa con ella...
esa... *se pone las botas.*

—

El que está para casarse
con una niña muy mona,
que no tiene más defecto
que una madre arrolladora,
resuelta á vivir con ellos,
y un dia se muere... *toda,*
y deja en paz al futuro;
ese... *se pone las botas.*

—

El que anuncia en los diarios
que sabe curar la gota,

ó el reuma y otras dolencias
más ó ménos peligrosas,
y así engaña á aquellos que
le van á soltar la mosca,
en España, sobre todo,
siempre... *se pone las botas.*

—

El militar de... salon,
que sabe hacerle la rosca
al jefe, y se pone enfermo
en cuanto se arma la gorda,
y luégo reparten gracias,
y lo ménos dos le tocan
sin haber entrado en fuego;
ese... *se pone las botas.*

—

El banquero algo tronado,
que de gran crédito goza,
y compra treses un dia
casi por una bicoca,

y luégo ocurre un suceso,
y una subida de Bolsa,
es claro, que ese banquero
tambien... *se pone las botas.*

—

El desdichado cesante,
que su situacion deplora,
porque tiene cuatro chicos,
que más que comer devoran;
y le escriben que ha heredado
á un tio de Zaragoza,
ó le cae el premio gordo...
ese... *se pone las botas.*

—

El que pierde la vergüenza,
pero guardando las formas,
porque, aunque tiene acreedores,
eso á ninguno le consta,
y pasa por potentado,
y se divierte y derrocha,

y en todas partes le buscan...;
tambien... *se pone las botas.*

—

Y, en fin, yo, que ahora termino
mi libro con estas coplas,
para entretener un rato
al lector y á las lectoras;
si logro que el libro guste,
y dentro de un mes se agota
la edicion, os lo aseguro,
tambien... *me pongo las botas.*

FIN.

ÍNDICE.



OBRAS DE RICARDO SEPÚLVEDA.

—

*Notas graves y notas agudas (poesías).

Lluvia menuda (id).

*Las cuentas de mi rosario (novela).

En el sitio (id).

*La mujer de usted (id).

Las botas (cuadros de costumbres. — 2.ª edicion).

*De doce á una (tipos y costumbres).

Pleito del matrimonio, entre T. Guerrero y R. Sepúlveda, y varios distinguidos poetas. — 3.ª edicion.

Estudio comparado de los efectos civiles del matrimonio (folleto).

*Cupido contra Esculapio (zarzuela), en colaboracion con R. Moly de Baños.

*Por vestir de uniforme (juguete cómico), idem con Gerardo Blanco.

*La perra de mi mujer.

Saludo á las damas (monólogo).

Al público del Escorial (idem).

EN PREPARACION.

Madrid al vuelo (excursiones literarias por el Madrid antiguo y moderno).

Cróquis y bocetos (artículos de costumbres).

Poesías (tercera edicion de lujo, considerablemente aumentada).

Las obras marcadas con * están agotadas.

BOLETIN DE LA LIBRERÍA.

OBRAS ANTIGUAS Y MODERNAS.

Publicacion mensual, en 4.º mayor, á dos columnas, 16 páginas.

AÑO IV. — (JULIO DE 1876 A JUNIO DE 1877.)

ESPAÑA, UN AÑO, 20 REALES. — EXTRANJERO, UN AÑO, 8 FRANCOS.

El primer año *agotado*. Los años segundo y tercero con su portada é índice general, cada uno 24 reales.

OBRAS DE DON JUAN VALERA.

PEPITA JIMENEZ Y CUENTOS Y ROMANCES. En 8.º mayor. 16 rs. en Madrid y 18 en provincias.

LAS ILUSIONES DEL DOCTOR FAUSTINO.

En 8.º.. 12 — 14 rs.

ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE LITERATURA, política y costumbres de nuestros dias. 2 tomos en un vol. Tela. 16—18

POESÍAS. En 8.º.............................. 8 — 10 rs.

POESÍA Y ARTE DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA Y SICILIA, por *A. F. Schack*, traduccion de *D. Juan Valera*. Tres tomos en 8.º.............................. 36 — 38 rs.